

**Borrego y Moreno, Andrés, 1802-1891**

**Historia, antecedentes y trabajos a que han dado lugar en España las discusiones sobre la situación y el porvenir de las clases jornaleras : estudio dedicado en honor á la memoria del difunto rey D. Alfonso XII / por Andrés Borrego.**

Madrid : Imprenta de Don Luis Aguado, 1890.

Signatura: FEV-AV-M-00764

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*



100  
A  
B  
C  
D  
E  
F  
G  
H  
I  
J  
K  
L  
M  
N  
O  
P  
Q  
R  
S  
T  
U  
V  
W  
X  
Y  
Z

2883



*Exlibris*  
*Jesús Rodríguez Salmones*



C.B. 60000000114039

FEV-AV-M-00764



EL APALANCAMIENTO EN ESPAÑA



210

EL SOCIALISMO EN ESPAÑA



EL SOCIALISMO EN ESPAÑA

# HISTORIA

## ANTECEDENTES Y TRABAJOS

Á QUE HAN DADO LUGAR EN ESPAÑA LAS DISCUSIONES  
SOBRE LA SITUACIÓN Y EL PORVENIR

### DE LAS CLASES JORNALERAS

---

ESTUDIO

DEDICADO EN HONOR Á LA MEMORIA DEL DIFUNTO REY

**D. Alfonso XII**

POR

**D. ANDRÉS BORREGO**



MADRID

IMPRENTA DE DON LUIS AGUADO

8, *Pontejos*, 8

1890



HISTORIA

ANTECEDENTES Y TRABAJOS

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LAS CLASES JORNALERAS

ESTADÍSTICO

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA





DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA CASTELLANA





---

## ORIGEN, OCASIÓN Y MOTIVO

### DE ESTA PUBLICACIÓN

Al resumir en el presente opúsculo lo más substancial de lo mucho que tengo escrito sobre lo que puede ser caracterizado como el más grave y complicado problema que de suyo se impone á las generaciones de nuestros días, cúpleme, como tributo debido á la memoria del inolvidable Rey D. ALFONSO XII, el deber de ofrecer el testimonio de cuán vivo era el interés que preocupaba al lamentado Monarca respecto á cuanto se relacionaba con los adelantos y el bienestar del pueblo trabajador.

Poco después de su acceso al trono hizo S. M. llegar á mis oídos el deseo de conocer aquellas de mis obras que tratan de *política* y de *administración pública*.

Natural cuanto debido era que, á consecuencia de tan honrosa distinción, el autor cumpliera con la obligación de poner personalmente en manos de S. M. aquellos de sus trabajos más directamente relacionados con los adelantos de la peculiar enseñanza más adecuada á inculcar en las masas populares, las costumbres en que descansan los fecundos dones de la li-

bertad moderna; obras entre las que ha merecido el benigno fallo de la opinión mi libro titulado de la *Organización de los partidos, considerada como medio de adelantar la educación política del país y de realisar las condiciones del gobierno representativo*.

De resultas del cambio de impresiones que hubo de originarse entre el noble Príncipe y el propagador de las bien depuradas máximas de derecho público que aquella obra recapitula, llegó el caso de que, en las diferentes ocasiones en las que tuve la honra de presentar mis respetos, S. M., se complaciese en suscitar cuestiones de índole política, que no pasaban del terreno de la teoría, pues jamás me permití yo, en las audiencias con que fuí honrado por el Monarca, penetrar en el estadio de las candentes luchas de nuestros partidos, á pesar de que ocasión me ofreció para ello la bondad del Rey.

Un día, sin embargo, inició S. M. el grave punto de la cuestión obrera con relación á lo que de ella exponía mi libro sobre la *Organización de los partidos*, como tema de carácter exclusivamente económico, en cuya ocasión me fué lícito exponer el ancho campo que para su propia gloria queda abierto á los Príncipes deseosos de hacerse amar de sus pueblos, ejerciendo al efecto una fecunda influencia, sin para ello embarazar en manera alguna la acción de sus Ministros, verdaderos y únicos responsables del uso hecho de la prerrogativa regia.

Verificóse poco después que el primer Gabinete de la restauración, que presidió el Sr. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, se retirase por espontánea dimisión de los señores que lo componían, siendo llamado á



reemplazar al partido liberal conservador, el Sr. SAGASTA y su clientela, reforzada por significativos individuos de la fracción centralista.

Permitime entonces, á fuer de veterano publicista, hacer uso del derecho común que autoriza á los ciudadanos á expresar sus opiniones en las cuestiones de interés público, dirigiendo á S. M. la siguiente reverente exposición:

### A S. M. el Rey D. Alfonso XII.

SEÑOR:

Al advenimiento de V. M. al trono de sus mayores, y siguiendo mi inveterada costumbre de someter al juicio público mis apreciaciones sobre las grandes mudanzas acaecidas en nuestra España durante los últimos cincuenta años, di á luz un opúsculo titulado *La Restauración*, escrito dirigido á señalar las causas de los trastornos sobrevenidos durante el reinado de vuestra augusta Madre, y á indicar los derroteros que estimaba podían ser los más apropiados á que se renovase y consolidase el tradicional pacto de amor y de confianza entre la Corona y el País.

Las cuestiones que en aquel opúsculo examinaba, y cuyo índice transcribo al pie (1), ofrecían un completo, si bien compen-

(I)	Páginas.
I. Inseguro y variable derrotero seguido por nuestras revoluciones desde 1812 hasta el día.—Rotación de alzamientos liberales y de reacciones autoritarias. . . . .	5
II. Causas que originaron el carácter que tomó el movimiento de 1868. . . . .	10
III. Doctrinas, historia y vicisitudes de la escuela que señaló la senda que habría conciliado los intereses permanentes del Trono con los de la libertad. . . . .	13
IV. Causas de haberse interrumpido y malogrado la educación política del pueblo español. . . . .	19
V. El partido moderado ha conspirado contra sí mismo. . . . .	24
VI. ¿Qué corresponde hacer á la Restauración para llevar una misión reparadora y conforme á los intereses generales de la Nación? . . .	27

dioso estudio de nuestra historia política contemporánea, al mismo tiempo que exponía á los consejeros de V. M. las medidas que en mi juicio habrían bastado, para contener nuestras divisiones intestinas y rehacer algo parecido á aquella opinión pública, liberal, al mismo tiempo que conservadora de los grandes y colectivos intereses de la sociedad; opinión que habría verisimilmente conducido á reconstituir, mejorándolo, el superior influjo por ella ejercido en los pasados años de 1835 á 1840, época en la que la causa pública y el instinto de un levantado patriotismo se sobreponían, si no siempre, muy á menudo y en casos graves, al espíritu de partido.

Después de haber trazado á grandes rasgos las vicisitudes atravesadas por el País en aquel largo período, me expresaba, Señor, en los términos siguientes:

“Echando un velo, decía, sobre los sucesos acaecidos desde la temporal caída de la dinastía hasta la restauración del Rey Don ALFONSO, permítaseme á título de constante abogado y *mártir de los genuinos principios conservadores*, que parecen destinados á ser la bandera de la Restauración, interrogar el pensamiento de sus consejeros sobre cuál va á ser su punto de partida para edificar sobre las ruinas de las situaciones que desde 1845 hasta el día han venido marcando falsos derroteros, y traído á la Nación á un estado de cosas en el que, lo que más ha allanado el camino de la Restauración han sido los extravíos, calamidades y delirios á que la revolución se ha entregado, obligando al País á volver los ojos hacia su pasado histórico y á pedirle estabilidad y reposo.

„Pero si la posesión de estos bienes que la Restauración promete ha de cimentarse sobre el régimen de la libertad, no será mostrarme adversario del derecho histórico pedirle que viva dentro de las leyes del tiempo y que ponga término á la desconfianza y á la lucha contra las franquicias populares de buena ley; y si, como es de creer, el joven REY ha logrado inspirarse durante sus viajes en el espíritu del siglo, y viene con ánimo de reinar sobre los españoles y hacerse amar de ellos, no olvidará que somos una Nación dividida, en la que no pequeño número de sus naturales, entre los más ilustrados, sienten la



necesidad de disfrutar de las franquicias de que ha visto Su Majestad gozar á los ingleses, á los alemanes, á los belgas y demás pueblos en medio de los cuales ha pasado los instructivos años de su expatriación. Y sin dudar ni un punto que tales sean los propósitos del REY, importa que su previsión aprecie que no bastan generalidades y promesas vagas cuando se trata de aunar voluntades y traer á la concordia á partidos tan profundamente divididos como están los españoles. En una carta que tuve la honra de dirigir al Excmo. Sr. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO en los días que precedieron al pronunciamiento de Sagunto, consignaba la siguiente proposición:

„Divididos como nos hallamos los españoles en autoritarios, „monárquicos-constitucionales y republicanos, si el predominio „de uno de los tres sistemas por estos partidos representados, no „ha de imponerse por la fuerza, haciendo en tal caso ilusoria la „participación de todos en el gobierno del Estado, según la inde- „clinable condición de un régimen popular, no habría manera de „llegar á una situación tolerable sin que en primer lugar las mi- „norías se resignen á vivir bajo las instituciones preferidas por „la mayoría; pero haciendo ésta á su vez, como antes he dicho, „tales concesiones que las oposiciones no se sientan oprimidas, „y antes al contrario, gocen de toda aquella libertad que sea „compatible con el régimen legal establecido.

„Difícil parece que el REY pueda encontrar idóneos cooperadores para una política realmente conciliadora, acudiendo á los mismos hombres que durante una larga serie de años emplearon su influjo en la ingrata tarea de cerrar herméticamente las puertas del poder al partido progresista, cuando este partido era todo él monárquico y no había renunciado todavía á ser dinástico; en los mismos hombres que no tuvieron la léal entereza de advertir á la Reina DOÑA ISABEL que no se dejase llevar por un camino errado y por el que se acarreaba los mismos peligros que deseaba conjurar.

„No pretendo en lo que acabo de afirmar que se lancen exclusiones en masa sobre ninguna de las fracciones del partido conservador; pero mucho importa al REY no olvidar, que no es la opinión de los monárquicos la de que más necesita; la que

mayormente le importa atraerse es la de la gran masa de liberales que sólo se alejaron de la dinastía cuando la creyeron irrevocablemente entregada á los reaccionarios.

„En Inglaterra ha podido aprender el Rey D. ALFONSO cuánto contribuyó á consolidar el régimen constitucional en aquel país, la predilección con que JORGE I y JORGE II miraron á los *whigs* sin temor de atraerse las murmuraciones de los *torys*; sin que por esto deba entenderse que el REY haya de entregarse á *Liborios Romanos*, que por fortuna no se encuentran en España; no vacilamos en afirmar que lo más pronto que sea posible al Monarca llamar á sus consejos á liberales probados (é interin que el restablecimiento del juego regular de las instituciones no permitan hacerlo así), el interés del Trono y de la Nación saldrán gananciosos en que figuren en el Gabinete aquellos conservadores menos reñidos con las genuinas condiciones de la libertad, precaución que será tanto más fácil de seguir cuanto que afortunadamente no faltan entre los que siempre fueron monárquicos, aunque hayan tomado parte en la revolución, hombres que, debiendo inspirar plena confianza á la Corona, se la inspiren igualmente al País.

„El REY no puede desconocer que una de las causas que más poderosamente han contribuido á su restablecimiento ha sido el miedo que á la Nación inspiraba lo largo é indefinido de la situación que cupo al País después de la disolución de las Cortes de 1873; y aunque la inseguridad haya desaparecido con el restablecimiento del Trono, tratándose de una Monarquía constitucional, las condiciones en que descansa constituyen las principales garantías de su estabilidad.

„Aventurado sería, lo confieso, que el Rey disgustase á los que pasan por ser sus más celosos partidarios; pero si D. ALFONSO XII no ha venido á reinar sobre un solo partido, difícilmente encontrará en largos años de reinado, ocasión más propicia de atraerse á los liberales en masa (que el pueblo español, no hay que olvidarlo, es entusiasta, generoso y se apasiona por las cosas grandes), como lo sería la de que el Rey mostrase confianza en la generalidad de sus súbditos, convidándolos á renovar bajo nuevos y patrióticos auspicios



la interrumpida alianza entre la dinastía y el partido liberal.

„Llegado á este punto de mi examen, y haciéndome cargo de los inconvenientes que ofrecía tanto la promulgación de una Constitución otorgada, como el restablecimiento de la de 1845, señalé la de 1837, hecha por los progresistas y aceptada por los conservadores, *como pudiendo ser el mejor punto de partida para la elaboración del Código destinado á ser reformado por las Cortes próximas á juntarse* empleando un procedimiento que juzgué hubiese sido el más seguro medio de volvernos á la posesión de una legalidad común.”

Antes que comenzaran á funcionar las primeras Cortes del reinado de V. M., Cortes llamadas á discutir y á votar la Constitución de 1876, Asamblea en la que no se consintió tuviese voz el ex diputado que suscribe, resumió éste, en un trabajo impreso titulado *Principios constituyentes aplicables á la reforma de los abusos, hijos del atraso de nuestra educación política*, las observaciones y advertencias que no es aventurado afirmar que, de haber sido atendidas, habrían subsanado el inconveniente de no haber tomado parte en la confección del Código fundamental todas las grandes agrupaciones del partido liberal, ni dejado pretexto para que la nueva Constitución pudiese dejar de ser tenida por la incuestionable expresión de una legalidad común; trabajo el que acabo de referirme por medio del cual me propuse ofrecer modestamente á la Corona y al País el tributo de mi larga experiencia y probada fe monárquica á la par que genuinamente liberal.

“Las circunstancias, empero, decía en aquel escrito, son excepcionales; no habría buena fe en desconocerlo, y no seré yo quien jamás niegue ni aun regatee á un Gobierno establecido los medios que considere más conducentes para realizar una misión salvadora y de concordia nacional, cual la tiene delante de sí el restaurado Monarca, á efecto de restablecer sobre las ruinas de los encontrados bandos que nos dividen el iris de paz ofrecido á esta desolada y ensangrentada tierra de España.

„Los resultados prácticos y positivos que produjo el influjo de las ideas y de los procedimientos representados por la es-



cuela de la que fui fundador y órgano durante la única época que hemos tenido de verdadera observancia de las condiciones del gobierno representativo, del incontestado imperio de las garantías de la libertad, sobrellevan el examen y la comparación con las disidencias, el decaimiento y los menoscabos que, con muy contadas excepciones, han dado de sí los diferentes Gabinetes que hemos tenido desde el fallecimiento de Fernando VII hasta el día.

„No es, pues, una utopia el sistema que, basado en las doctrinas que profeso, y á cuya discusión y controversia he convidado á los pensadores de todos nuestros partidos, sistema justificado además por los saludables efectos que produjo; no es, repito, una utopia el conjunto de observaciones y de hechos que en las difíciles, aunque esperanzadas circunstancias en que nos hallamos, presenta á la meditación del público y á la consideración del PRÍNCIPE y de sus consejeros, el veterano adalid de los principios conservadores que imperaban en el único período de nuestra historia, en el que las clases educadas y poseedoras, unidas por trabajos y esfuerzos, á los que no fui yo seguramente extraño, defendían con igual sinceridad que ardor el Trono, el orden y la libertad.

„Terminada la guerra civil de los siete años, todos nuestros quebrantos y trastornos han arrancado del olvido de aquellos principios. ¿Por qué perder nuestra confianza en los buenos efectos de su reaparición, ni por qué temer que aquellas probadas reglas de conducta hayan de ser rechazadas bajo un reinado que se inaugura invocando la concordia y el olvido de pasados agravios?

„Dejad, pues, *decía dirigiéndome á mis antiguos clientes los moderados*, expedito el camino para que todas las opiniones se manifiesten, y respetad la voluntad nacional cuando quiere que ella se dé á conocer por medios pacíficos y legales.

„No envuelve esta franquicia que en el interés de las libertades reclama el que empleó en defenderos los fueros de esta misma libertad cuando erais débiles, otra cosa más sino que dejéis que se discuta ampliamente el sistema que haya de regirnos. Probado tengo en mi escrito dado á luz al calor de la

revolución de Septiembre de 1868 (1) que la República no podía ser viable en España; y si en *La Brújula* he admitido más tarde su existencia como *simple hecho*, fui el *primero* de *nuestros escritores* en levantar la bandera de la *apelación á las Cortes* respecto á la forma de gobierno que fuese más del agrado de la Nación, cuyo *derecho á disponer de sus propios destinos* nadie, dije entonces, *que de liberal se aprecie se atreverá á negar*; declaración que hacíamos el 30 de Enero de 1874, osando por medio de ella contradecir el *Manifiesto del Gobierno de la República*, en el que se consideraba como legal y permanente la *existencia de aquella institución* en el mero hecho de decirse por el Gobierno que las Cortes que se convocasen serían *Cortes ordinarias*.

„El distinguido hombre público que preside el Gabinete conoce cuál fué mi opinión sobre este grave punto, y séame permitido invocar su venia para reproducir el final de la carta que tuve la honra de dirigirle con motivo de la publicación de mi folleto titulado *Del influjo de las ideas en la política española*:

„No he excluído, decía yo en aquel opúsculo, la República del término final á que la interinidad podría conducirnos, porque no habría sido discutir de buena fe reivindicar el derecho de la Nación á establecer su forma de gobierno definitivo, negando al mismo tiempo al Sr. CASTELAR y á sus amigos el fuero de *apelación al País que para nosotros reclamábamos*. Pero mi convicción, la más íntima y fundada en razones de incontrovertible peso, es la de que las actuales generaciones de nuestra España carecen todavía de las condiciones necesarias para vivir ordenadamente en República.

„*Tesis es ésta que estoy dispuesto á sostener con el discutidor* NO ANÓNIMO *que acepte el reto*.

„La actitud del partido conservador del Rey D. ALFONSO, al caminar al compás de su celo monárquico, debería ser, como antes he dicho, la de facilitar la aceptación por todos los par-

---

(1) ¿*Monarquía ó República?*— *El interregno*.— Por V. Publicola.— Barcelona.



tidos liberales de una legalidad que no repugne ni aun á los hombres de opiniones avanzadas, á lo que ayudaría mucho refrenar algún tanto la codicia de empleos de parte de los vencedores; pues, como dije en una publicación posterior, si la Restauración ha de huir de tomar un colorido expuesto á ser señalado como reaccionaria, habrá de limitarse, en punto á reposiciones, á que no sean por demás generales. Cuantos más empleados se conserven entre los hombres nuevos y de mérito que la revolución haya puesto en evidencia, mayores serán las probabilidades de realizar el idealismo de que el Rey D. Alfonso aspira á reinar haciendo grato su gobierno á la gran mayoría de los españoles.

„Justo y equitativo es declarar muy altamente que la política inaugurada por el Sr. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO en los Gabinetes en que ha figurado ha sido siempre análoga á las condiciones que acabo de expresar.

„Antes de tomar la pluma para trazar la primera línea del presente opúsculo tenía terminado un trabajo intitulado *La España contribuyente y trabajadora ante la España oficial*, estudio dirigido á inculcar en el ánimo de las clases educadas y poseedoras, á cualquier opinión que sus individuos perteneciesen, el convencimiento de que el remedio de los males públicos estaba enteramente en sus manos con sólo asociarse, y no sólo para fines políticos, sino más cumplidamente para la defensa de los derechos comunes por medio de la aplicación y observancia de las leyes.

„Ahora que estas clases, por lo general aplicadas al partido liberal conservador, ven realizado su ideal político, cúmples hacer entender á los estadistas de la Restauración encargados de reconstruir la poco menos que disuelta sociedad española, que no habrá porvenir, estabilidad, ni gloria para el Trono, ni bienandanza para el País, fuera de la religiosa observancia de los principios de libertad, de justicia, de tolerancia y concordia que prevalecían en los tiempos en que fué mayor el ascendiente de las ideas conservadoras, ascendiente aquel exclusivamente adquirido por los *medios pacíficos y completamente legales* que en 1838 y años siguientes nos llevaban á

triunfar de situaciones creadas por *motines* y *pronunciamientos* movidos por los que nos hacían la oposición.,,

Hasta aquí, Señor, lo que me fué inspirado al advenimiento de V. M. por la sinceridad de mis convicciones y por el sentimiento del deber que incumbía al decano de los hombres que hacen su profesión del estudio de las cuestiones de interés social; consideraciones, Señor, las que en aquella ocasión expuse al criterio público, que no necesitan de mayor prueba de la armonía en que se hallaban con el doble interés del Trono y de la Patria, que el hecho reciente de la solución que la prerrogativa constitucional de V. M. acaba de dar á la faz, por demás preñada de azarasas eventualidades, que presentaba la cosa pública.

No se entienda, empero, que el recuerdo de mis apreciaciones de hace tantos años signifique en la menor manera la censura de la dirección que en 1875 se dió á la gobernación del Estado. Grande era la confianza que debía inspirar la incontestable altura intelectual y el innegable patriotismo del eminente hombre de Estado en cuyas manos depositó V. M. el ejercicio del poder ejecutivo.

Nadie mejor que el Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO podía restituir á las ideas conservadoras la dirección de los espíritus, de la que se hallaron en posesión en los años [transcurridos de 1836 á 1845, época en la que la juventud estudiosa y las clases ilustradas tenían á vanagloria militar en las filas de la numerosa y escogida colectividad que se cobijó con el nombre de partido *monárquico-constitucional*.

Mas no por ello cabe desconocer que era perfectamente lícito al hombre á quien V. M. otorgó su confianza haber escogido entre un sistema de atracción respecto de los desafectos á la dinastía, empleando al efecto los medios indicados en mi programa de aquella época, ó la no menos meritoria obra de reconstituir un partido conservador exento de la tirantez é intransigencia que ocasionaron el descrédito de los Gobiernos moderados que trajeron sobre el País las dos revoluciones de 1854 y 1868; inapreciable adelanto el de haber realizado el último de estos objetivos, del que la historia hará mérito al Sr. CÁNOVAS,



cuyo gobierno ha sabido, despojándose del matiz de intolerancia que caracterizó los postreros Gabinetes del reinado de vuestra augusta Madre, compensar lo que el sistema de gobierno seguido en los últimos seis años ha podido ofrecer de poco atractivo para los liberales de más subido temple.

Injusto sería, pues, á todas luces, y en ello haría además traición á mis sentimientos más íntimos, si dejase de reconocer y proclamar muy alto que tanto la Corona como la Nación deben al Sr. Cánovas inolvidables servicios por haber dotado al País del estado de calma de que disfruta, y que permite dar mayor ensanche á las libertades públicas sin tener que desconfiar en demasía de las manifestaciones de la opinión.

Para ver realizado este grande adelanto era precisa condición imprimir á la política conservadora cuanto su propia índole podía dar de sí, dentro del régimen representativo; importantísimo servicio que ha prestado el Sr. Cánovas, después de cuya larga y blanda administración han dejado de ser posibles Gabinetes abiertamente reaccionarios.

Mas no es, sin embargo, de desconocer que la larga duración del mando de los conservadores habfa suscitado contra su gobierno resistencias que han ido ganando simpatías, cuyo natural influjo se veía comprimido por el poderío de la fuerte organización administrativa, ante la cual era débil la protesta de los ciudadanos entregados á sus propias fuerzas, en un país como el nuestro cuya educación política no se halla bastante adelantada, para que los efectos de la colectividad se hagan sentir por medio de procedimientos legales; situación de la que resultaba quedar sin eco la voz de los caudillos que capitanean numerosas masas de ciudadanos.

Así lo ha estimado V. M. haciendo de su regia prerrogativa un uso que derechamente conduce á la política de expansión que algunos han opinado sería ya tarde para aplicarla con fruto, pero que la gran mayoría de los liberales no vacilará en reconocer ha sido *llamada á tiempo* como la más propia para calmar las irritaciones nacidas de lo que se había dado en considerar como un *desheredamiento*, comparable al que pasó en *autoridad de cosa juzgada* en una época cuya memoria será



siempre triste para los verdaderos amigos de la Monarquía constitucional.

Esperemos, Señor, que del uso espontáneo que V. M. acaba de hacer de las atribuciones moderadoras que para mayor beneficio del Estado residen en la autoridad suprema representada por V. M., reportemos todo el fruto que promete el inapreciable adelanto que en nuestras costumbres políticas acusa el hecho de haberse efectuado un cambio de situación en sentido francamente liberal, debido únicamente al libre ejercicio de la regia prerrogativa y dirigido á que la opinión del País, lealmente consultada, señale el derrotero más conforme á las aspiraciones del cuerpo electoral.

No es dudoso, Señor, que la realización del turno á que la esencia misma de las instituciones llama á los partidos ha sido facilitada por el movimiento de aproximación efectuado entre agrupaciones afines, pero cuyas diferencias y antagonismos no permitían á la Corona dirigirse á una oposición organizada y compacta en competencia con el partido que se hallaba en posesión de la mayoría.

A los hombres á quienes V. M. ha entregado el poder corresponde patentizar que su unión no es hija de una coalición egoísta y pasajera, sino que constituye una verdadera fusión de principios y de aspiraciones, destinada á constituir un partido robusto y de porvenir, apto hoy para aplicar sus doctrinas en el gobierno, como lo estará para continuar militando bajo la misma bandera el día en que los cambios de opinión se inclinasen á soluciones más en armonía con lo que representa el partido conservador.

De que semejante resultado se obtenga depende, Señor, que entremos en todo el lleno de la vida parlamentaria, dando así cumplida la apropiación en nuestra trabajada Patria de los beneficios del gobierno representativo, cuyas saludables prácticas han sido el único y desinteresado objeto de los estudios del hombre que, tocando á los últimos límites del término natural de la vida humana, se dará por compensado de todos sus afanes y sacrificios, si al cerrar los ojos en busca del reposo eterno logra llevar la esperanza de que sus compatriotas se hallan en

camino de disfrutar de todos los beneficios que la libertad promete bajo la forma de gobierno más propia á *hermanar nuestro pasado histórico con las indeclinables condiciones de la sociedad moderna.*

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.,  
*Andrés Borrego.*

Madrid 25 de Febrero 1881.

Posteriormente, y significándose más y más en la opinión el sentimiento del malestar del proletariado, créime autorizado á dirigir á S. M. respetuosas observaciones en el sentido de sustentar la doctrina de ancha base, propia á fortificar en el corazón del pueblo el amor á los Reyes que sinceramente se ocupan del bienestar de sus gobernados, tarea que desempeñé sometiendo al criterio de S. M. la exposición de la doctrina vertida en las siguientes leales y sentidas observaciones:

A S. M. el Rey D. Alfonso XII.

SEÑOR:

En una representación que, siendo diputado á Cortes por la provincia de Zaragoza, tuve en 1852 la honra de dirigir á la augusta madre de V. M., con ocasión de haber el Gabinete que en aquella época funcionaba suspendido las Cámaras electivas, y á renglón seguido promulgado en la *Gaceta* los presupuestos del Estado, sujetando al pago de las contribuciones, sin estar éstas votadas por los apoderados de los contribuyentes (acto que trajo sobre su autor un auto de prisión, una multa de 30.000 reales y una prolongada emigración), examinaba yo los peligros de la especie de divorcio que ya apuntaba entre la Corona



y el partido liberal, y me autorizaba de las siguientes consideraciones para fundar mis títulos á elevar al Trono lo que exponía en defensa de los sagrados fueros de la Nación:

“La inmemorial costumbre de estos reinos, decía, ha consagrado, como uno de los privilegios más preciosos de que gozaron nuestros padres, el derecho jamás contestado, y antes bien amparado por los Reyes vuestros augustos predecesores, de dirigir los súbditos al Trono la expresión de sus sentimientos, de sus necesidades y de sus quejas; y este derecho de acudir directamente al Monarca, no sólo se ejercitaba en reivindicación de individuales agravios, sino que se extendía al dominio de cosas públicas, y autorizaba á exponer al Soberano cuantas manifestaciones de orden político y gubernativo pueden ser objeto de los altos poderes del Estado.”

Discurriendo en seguida largamente sobre los sucesos que, á partir de 1808, habían traído á España á la situación en que se encontraba en 1852, y penetrando en todas las profundidades de la historia y del derecho, á fin de que fuese más justificada y más completa la libertad con que debía expresarme, consigné en la página 16 de aquel escrito la siguiente invocación:

“Por un momento no más, Señora, necesito implorar la indulgencia de V. M. para que me permita que, haciendo abstracción de que me dirijo á su augusta persona, me transporte á las esferas del aislamiento y de la meditación, en las que el filósofo contempla los hechos sociales para deducir de ellos la enseñanza que su vocación le impone el deber de transmitir á sus semejantes.”

No he cesado, Señor, desde entonces de ejercitar el triple derecho de súbdito, de publicista y de pensador, dedicado á señalar, en las diferentes graves vicisitudes porque ha atravesado España, los peligros que corría el Estado á consecuencia de los desaciertos en que incurrían los encargados en la dirección de su gobierno, y ni una sola vez dejaron desgraciadamente de realizarse mis vaticinios.

Pero no he tomado la pluma para confeccionar una relación de méritos. Es ya asunto pasado en autoridad de cosa juzgada que he sido la *Cassandra* de nuestra época, no siendo menos



general la creencia de la *insigne ingratitud de las instituciones, de los partidos y de los hombres* hacia el más leal y desinteresado de los servidores del público. Mas no vengo, Señor, una vez más lo repito, á abogar mi propia causa, que nunca fué la de mis intereses personales. Un irresistible impulso de organización me llevó constantemente á curarme ante todo del bien del procomún, en cuyo sentido, y habidas las condiciones de mi carácter, de nadie he exigido nunca agradecimiento, pues siempre obedecí á mi libre albedrío abogando por el interés de mis semejantes y no estimando mi propio daño si redundaba en beneficio de los demás.

Semejantes apreciaciones dejarán de parecer exageradas ante el recto juicio de V. M. si se digna leer los dos opúsculos que me cabe la honra de someter á su soberana consideración.

El primero, titulado *La España contribuyente y trabajadora ante la España oficial*, expone la teoría que derechamente conduce á que las leyes se cumplan, á que los derechos en ellas consignados se respeten, sin opresión de arriba ni violencias de abajo; á que el amparo de la legalidad, alcanzando á todos, restablezca la paz en los espíritus y traiga la fácil cooperación de las autoridades y de los súbditos para afianzar el bienestar común.

Nada valdrían, Señor, las apreciaciones que dejo consignadas, si el mismo texto del opúsculo no contuviese la aprobación otorgada á los procedimientos que recomiendo por los hombres más autorizados de las diferentes escuelas que nos dividen, tal cual éstas se hallaban constituidas en 1875; sin que las modificaciones que los partidos han experimentado desde entonces acá alteren el juicio formado acerca de mi enseñanza, encaminada á la demostración de los oportunos medios de realizar el importantísimo *desiderátum* de que la Constitución del Estado sea una verdad, cuya fiel observancia ponga término á las falsas situaciones políticas que se han sucedido unas á otras.

Pero todavía, Señor, incumbe más directamente á la sabiduría, á la alta penetración de V. M., meditar acerca de los hechos que consigno en mi opúsculo titulado *La cuestión social*, sobre los perjuicios y menoscabos experimentados por los co-

lonos agrícolas, y por el proletariado en general, de resultados de los viciosísimos métodos seguidos al efectuar la desamortización eclesiástica y civil.

Refiérome, Señor, confiadamente en este punto á las materiales y palmarias pruebas consignadas en el mencionado estudio, y en presencia de las cuales no es verisímil quede la menor duda, en la opinión de los hombres imparciales y sensatos, acerca del antagonismo de clases latente en las demás Naciones, y que jamás hubiera transcendido á la nuestra á no haber sido producido por los mismos crasos errores que presidieron á la transformación del haber social al tiempo de verificarse las reformas económicas, errores que crearon las tremendas contingencias harto evidenciadas en los desmanes socialistas de 1873, al grito aterrador de *reparto de tierras*.

De muy antiguo, Señor, he venido dogmatizando en mis escritos el deber, á la par que las ventajas, que las clases poseedoras habrían realizado, reportando de ello grandes beneficios, con sólo que se hubiesen conducido de manera á subsanar los graves inconvenientes que predije y que no tardaron en realizarse; beneficios que se hubiesen fácilmente alcanzado, por medio de creaciones de índole económica y civilizadora, en provecho de las mismas clases contribuyentes, y en pro de los adelantos de la educación y del bienestar del pueblo, mediante los procedimientos á que aludo y explico extensamente en mi obra titulada *De la organización de los partidos*.

El Pueblo español vive desconfiado de las instituciones que lo rigen, afirmación que no necesita otra mayor prueba que la que suministra la numerosa diversidad de agrupaciones y de escuelas en que nos hallamos divididos, cada una de las cuales tiene preparadas y en reserva una Constitución y una forma de gobierno á su manera; situación que no ha podido escapar á la superior inteligencia de V. M., y cuyo remedio seguramente no se encontrará en la simple transmisión del Poder de un partido á otro, ínterin no esté en la convicción de los que ejerzan el mando la imperiosa necesidad de atender á la dolencia inferida y que aqueja á la gran mayoría del pueblo que vive del sudor de su frente, y al que no se ha subsanado de la pérdida de



la parte aferente que representaba en los productos de la propiedad de manos muertas.

Resulta, Señor, de semejante estado de cosas que ningún partido cuenta con una opinión bastante robusta y sana que refleje los sentimientos é intereses de la gran mayoría de los súbditos de V. M.; y no teniendo ninguno de ellos detrás de sí la fuerza moral necesaria para llenar los altos fines que al Gobierno incumben, todos se ven compelidos á obrar arbitrariamente, á falsear las elecciones y á moverse en un terreno minado y precario; peligrosa situación que mi lealtad no consiente oculte á V. M. alcanza hasta la venerada institución simbolizada en su augusta persona.

Y sin embargo, Señor, sería tan eficaz, tan señalado, tan glorioso para V. M. como venturoso para el Reino, que á impulso de su regia iniciativa se atribuyesen medidas encaminadas al beneficio de las clases trabajadoras.

No me refiero, Señor, á dádivas, y mucho menos á limosnas, sino á la multiplicación, al perfeccionamiento de la instrucción agrónoma y tecnológica, á promover la higiene pública, á fomentar las creaciones conducentes á levantar el espíritu de las muchedumbres, á depurar su moralidad, haciéndolas aptas á proveer el acrecentamiento de su bienestar.

El patrocinio de los débiles es el más precioso de los atributos de un Príncipe. A aquellos que acertaron á llenarlo con solicitud y amor, las bendiciones de los pueblos les señalaron el lugar que en la historia ocupan TITO, TRAJANO, CARLOS EL BUENO, ENRIQUE IV DE FRANCIA y la gran ISABEL DE CASTILLA.

Contra los Monarcas que viven en el corazón de sus súbditos, así como respecto á los que en nuestros días comprenden y practican, cual V. M. sabe hacerlo, los fueros de la libertad, las propagandas subversivas contra su autoridad son completamente ineficaces, bastando el sentimiento del contento público para desarmar las iras de secta, no menos que las cábalas de los partidos que se divorcian de la conciencia de la Nación.

Claramente, Señor, evidencia la exactitud de este aserto histórico el memorable hecho de que en el cataclismo conti-



nental de 1848, los únicos Reyes que lograron sostenerse sin tener que apelar á medios de fuerza, lo fueron la *Reina VICTORIA*, de Inglaterra, y el *Rey LEOPOLDO*, de Bélgica.

Temería, Señor, no hacer plena justicia á las dotes que á V. M. enaltecen, si pretendiera llevar más adelante la demostración de que el trono en que V. M. se sienta se hallará resguardado de los sacudimientos revolucionarios que en nuestros días han herido á Monarquías seculares desde el mismo instante en que se oiga de V. M. algo parecido al célebre dicho del fundador de la Casa de Borbón, el bizarro y entendido *Bearnés*, que se gloriaba en repetir “que no estaría contento hasta que los campesinos de su Reino pudiesen echar diariamente una gallina en el puchero,” (*une poule au pot*).

SEÑOR:

A L. R. P. D. V. M.,  
*Andrés Borrego.*

Madrid 5 de Enero de 1882.

## TRABAJO EMPRENDIDO

Á CONSECUENCIA DE INDICACIONES HECHAS AL AUTOR  
POR EL DIFUNTO REY

Posteriormente á la fecha del escrito que antecede tuve la honra de ser recibido por S. M., habiéndome cabido la satisfacción de oír de sus propios augustos labios que el REY aprobaba la doctrina del modesto escritor, que jamás fué cortesano ni se inspiró en otro móvil que el de hermanar la prerrogativa regia, que tanto engrandece á los Príncipes, cuyo ejemplo señalaba, con la lealtad engendrada por el de amor de sus súbditos.

Tales antecedentes explican de por sí que S. M. se dignase, en la última conferencia con que se dignó honrarme, darme á entender su deseo de conocer en qué manera entendía yo que, con completa abstracción de cuanto hiciese relación á las luchas de los partidos, podía ser hacedero dentro de la iniciativa de la Corona ejercer una protección eficaz en favor de los intereses y bienestar de las masas proletarias que componen la gran mayoría del pueblo.

Aquella benévola indicación del difunto REY fué para mí un precepto, al que creí deber corresponder



por medio de un trabajo conducente á impartir inmediatos beneficios á las clases jornaleras.

Desgraciadamente para la Nación, la salud de S. M. comenzó á declinar, y no tardó en conducir á la catástrofe que hirió el corazón de su ilustre viuda, de la familia real y de todos los españoles leales.

Aquella inmensa desgracia obró en mi ánimo como estímulo á mayores meditaciones, consagradas al estudio de problemas de tanta gravedad como lo han sido los hechos de carácter público acaecidos posteriormente, viniendo á fortalecer en mi ánimo la persuasión de que el extravío de ideas que perturba los ánimos depende entera y absolutamente de *causas morales*, las que no se remedian con providencias de índole exclusivamente política, sino antes bien requieren ser removidas por medio del influjo de una enseñanza y de procedimientos adecuados á hacer palpar á los pueblos que sus verdaderos intereses residen en otras esferas y se alcanzan por otros medios que por los de las ingerencias políticas, hijas del espíritu sectario, casi siempre movido por la codicia del interés personal.

La honda convicción que sobre semejante punto abrigo, me obligó á continuar ocupándome del estudio de los problemas sociológicos, habiéndome las palabras oídas de labios del lamentado REY impulsado á consignar en un trabajo especial relativo á la cuestión que S. M. se había dignado encomendarme, tarea que se hallaba bastante adelantada al sobrevenir el inesperado fallecimiento del Monarca, que arrebató á España un Príncipe tan de su siglo como lo era D. ALFONSO XII.

El doloroso suceso vino á privarme del más precia-



do galardón que mi modesto trabajo hubiese podido merecer; pero también me imponía la obligación de hacer llegar á manos de su augusta viuda una extensa Memoria que respondiese á las cuestiones de índole social, acerca de las cuales el Rey D. ALFONSO me pidió un especial trabajo.

Privado como me veía de la sanción que más podía haber ambicionado, lógico y consecuente era buscarse la de la opinión pública respecto al significado moral como al valor científico de mis largas meditaciones sobre la suerte y porvenir del proletariado.

El juicio que el criterio general llegase á formar sobre mi versión de la cuestión social, descansa en fundamentos bastante sólidos para absolver á su autor de la vanidosa pretensión de tratar con ligereza asunto tan debatido, como lo es el del problema de que depende: que el *Cristianismo acabe de realizar la tesis que su fundador trajo al mundo al instituir la fraternidad humana*.

Consecuencia de tales apreciaciones ha sido la doble tarea, á la que he debido entregarme para confeccionar la Memoria, que, compuesta para conocimiento del difunto REY, he debido transmitir á su augusta viuda, al paso que también debo al público la exposición de los fundamentos históricos, á la par que científicos, en que descansa la cuestión social en España.

Tiempo hace que esta última labor la he dejado cumplida, por medio de una serie de publicaciones cuyo espíritu y substancia vienen á resumir mis fraccionados estudios sobre la cuestión social.

Desde el año 1835 el periódico *El Español* dió la voz de alarma sobre el carácter y los síntomas de la

contienda que asomaba ya en otras Naciones de nuestro continente y fuera de él, habiéndome adelantado á indicar remedios para que al advenimiento de la era de la democracia no llegasen á verse lastimados los derechos de la propiedad constituida.

Al expresarme en estos términos me felicito de no haber sido escuchado al poner el dedo en la llaga, toda vez que me ha cabido tan mala mano en punto á reformas, que aquellas de las que fuí el *precursor* no han prosperado, y hasta se ha olvidado todo recuerdo de mi pobre y desautorizada voz.

Por toda recriminación de los para mí cruentos recuerdos del naufragio de mis predicciones durante setenta años, diré á los que puedan ser mis más felices continuadores: *GO A HEAD*, y esforzaos en llegar de los primeros.

Entre el número de los más entendidos patrocinadores de una cristiana, científica y conciliadora solución de la cuestión social, creo haber ganado antigüedad y competencia para colocar al frente de las reformas sociales, todavía por realizar, el *nombre y la memoria del malogrado Rey D. Alfonso XII.*





# EL SOCIALISMO EN ESPAÑA

---

## INTRODUCCIÓN

Al regresar en 1834 al seno de la Patria amada después de once años de emigración comenzados á la caída del Gobierno constitucional en 1823, y á los que puso término el fallecimiento de Fernando VII y la inauguración de la minoría del reinado de su hija Doña Isabel, llegué fuertemente impresionado por dos ideas que intensamente trabajaban mi mente.

Era una de ellas el triste desengaño que en mi ánimo produjo la caída del Gobierno constitucional de 1823, debida, más todavía que á la intervención del ejército francés, capitaneado por el DUQUE DE ANGULEMA, al hecho de haber visto levantarse contra la bandera liberal á la inmensa mayoría del pueblo español, dócil al influjo eclesiástico y á las jerarquías todavía imperantes del régimen absoluto.

Durante los once años que hube de alimentarme con el amargo pan de la emigración apenas pude sacudir de mi memoria la imagen de la indiferencia, del desdén, de la hostilidad con que las muchedumbres fanatizadas habían combatido, hasta dar con ellas en tierra, las democráticas franquicias ofrecidas por los liberales.



Si no hemos de estrellarnos, me decía á mí mismo, contra los hábitos de un pueblo para el que poco dicen las libertades políticas con que nos empeñamos en saturarlo en 1820, fuerza será estudiar mejor las condiciones y los deseos de nuestros compatriotas, á fin de evitar que hagan causa común con el Pretendiente, cuya bandera de rebelión flotaba orgullosa en el país vascongado y en las provincias que compusieron el antiguo reino de Aragón.

La otra idea que grandementeme preocupaba motivábala el estudio que había hecho de la sociedad francesa, foco y alma de la levadura democrática que trabajaba aquel país y comenzaba á fermentar en Alemania. Grande había sido el desarrollo de instrucción y de riqueza de que habían sido manantial las reformas efectuadas al calor de la revolución de 1789.

La instrucción, la cultura, el desarrollo intelectual, habían cundido en grandiosas proporciones entre nuestros vecinos, sin que en grado proporcional los rendimientos del trabajo hubiesen equitativamente alcanzado á proveer al bienestar de los hogares del jornalero. No se había todavía iniciado en grande escala el principio socialista, pero era visible el germen, harto latente ya, del antagonismo entre las clases poseedoras y las proletarias. Las exageraciones igualitarias, iniciadas en 1793 por los convencionales de la montaña, y dogmatizados más tarde por la BABEUF, por CABET y por LUIS BLANC, operaban ya como semilla de amargo fruto en el seno de la sociedad francesa, y más que otra cosa hería mi imaginación el recuerdo de haber conocido entre la juventud escolar francesa no pocos individuos poseedores de una instrucción y de cualidades que los hacían aptos para ocupar los primeros puestos del Estado; pero cuyo desvalimiento, por efecto de la competencia de numerosos aspirantes que, hallándose en igual caso, los reducían á un estado de pobreza tal que les hacía sumamente difícil satisfacer la apremiante necesidad de procurarse el pan de cada día.

Apoderóse entonces de mi espíritu la preocupación, el

recelo de que el mayor peligro que los liberales corríamos al entrar en la carrera de las reformas políticas y económicas que siguieron al fallecimiento de FERNANDO VII, debería consistir en no constituirnos en imitadores de la escuela francesa de 1792 dando pábulo y armas á la creación en nosotros de algo parecido al antagonismo de clases que comenzaba á dibujarse en Francia en 1834 y años siguientes, haciendo nacer en mí la convicción de que el primer deber, la primera necesidad de que los liberales españoles debían ocuparse, fuese la de disponer las reformas en términos que no se siguiese de ella un reparto desigual de la herencia del clero y de las Corporaciones que disfrutaban del gran caudal que á principios de siglo componía el patrimonio público de la Nación española.

Abrigaba yo la conciencia, y todavía la conservo, de que al verificarse la transformación operada en las condiciones de la sociedad de nuestros padres á efecto de construir el nuevo edificio social, lo primero debería ser no consentir que las clases acomodadas se hiciesen la parte del león en perjuicio de las clases trabajadoras; y joven yo entonces inexperto, ambicioso de contribuir en la medida de mis fuerzas á que no repitiésemos los liberales los errores y faltas que habíamos cometido en 1812 y 1820, bullía en mi cerebro el audaz proyecto de acentuar mi reaparición en la escena de la vida pública, y al efecto pensé seriamente en dar á luz un tratado que no llegué á escribir, trabajo cuyo título bastará para dar á conocer que no me hallaba todavía en la posesión de la madurez de ideas, de la amplitud de instrucción que se requerían para una tarea de condiciones tan colosales como la de resolver el problema de que la fraternidad humana hiciese desaparecer, en los límites de lo posible, la desigualdad de condiciones.

Debía titularse la proyectada obra: *L'accord de la loi positive et du progrès moral considéré comme base d'un système propre à assurer la subsistence et la moralization du peuple*, lo que en castellano quiere decir: «De la conformidad entre la ley positiva y del progreso moral, considerados



como base de un sistema propio á asegurar la subsistencia y la moralización del pueblo.»

Un pensamiento en tales términos enunciado no podía ser otra cosa sino un informe aborto, un híbrido engendro, un plagio de la ley de pobres de Inglaterra ó del derecho al trabajo de LUIS BLANC y de CABET.

Poco tardó, sin embargo, la reflexión en calmar el ardor de una inspiración más humanitaria que científica, y no me atreví á tomar la pluma para formular mi doctrina, retraído por las dificultades que el asunto en sí mismo ofrecía para quien se proponía tratarlo de buena fe, y distrajerónme sobre todo de la atrevida empresa las ansiedades y perentorios cuidados de nuestra primera guerra civil.

Lanzado en todas las peripecias de la lucha, absorto por los quehaceres de la activa propaganda periodística que absorbió mi existencia toda entera durante los siete años transcurridos de 1834 á 1840, la tarea dogmática hubo de ser pospuesta, sin que por ello dejase, sin embargo, de ocupar preferente lugar en mi mente, el amor, la invencible simpatía hacia la sociedad, en medio de la cual me cupo en suerte nacer y á cuyo adelanto anhelaba contribuir; pero jamás consentí en prestar mi cooperación á que desapareciese lo que de *indígena*, de *fraternal* y de *cristiano* encerraba aquella sociedad en su seno: sentimiento que creo haber expresado, si no con elocuencia, con la convicción más profunda en las siguientes palabras que se leen en las páginas 228, 229 y 230 de mi obra titulada *La organización de los partidos*:

«Poco de envidiar (decía en aquel libro) sería el hombre que nacido en este suelo, y que, conservando suficiente idea de lo que era España antes de que á nuestras puertas llamase el terrible brazo de las revoluciones, no sienta allá en el fondo de su alma una invencible simpatía hacia el recuerdo y la imagen de una sociedad en la que los lazos de la fraternidad común eran tan vivos, en la que el respeto hacia ciertas clases iba acompañado del patrocinio que éstas ejercían sobre las demás, en la que la propiedad se hallaba constituida de manera que venía á redundar en



amparo y beneficio del menesteroso y del desvalido; en la que la igualdad, no obstante las distinciones jerárquicas, abría á todos los hijos del pueblo la carrera de los honores; en la que cada español, cualquiera que fuese la clase ó rango en que hubiese nacido, estaba seguro de encontrar un protector, de no hallarse excluido de la distribución de los bienes como de las penalidades que constituían nuestro estado social.

»Una sola cosa faltaba á la España de nuestros padres; pero de tan inmenso precio, que su ausencia desfiguraba y hacía deforme el cuadro apacible y grato de un pueblo estrechamente enlazado por la abundancia de una caridad sin límites. En busca de aquel precioso bien, el corazón se nos cerró á las dulzuras de la vida patriarcal que merecieron la infancia de nuestros mayores, y nos lanzamos al océano desconocido en que han naufragado nuestros penates, y en el que se han sepultado afectos, tradiciones, recuerdos, imágenes que no han de volver jamás, y que no sabemos si hallarán compensación y sustituto en los inciertos, inseguros y azarosos bienes de una civilización en cuyo seguimiento corremos, sin haber podido todavía alcanzarlas.

»Pero el sacrificio era inevitable y la prenda de que carecíamos era la *libertad*, y con su ausencia habíamos perdido la conciencia de nosotros mismos; nuestro renombre en el mundo, la superioridad de nuestra raza, nuestra dignidad personal, tesoros tan inestimables para el hombre culto que el afán de recuperarlos nos absuelve de todas las faltas y errores que se hayan podido cometer y pasa una esponja sobre nuestras llagas, cuyos dolores mitigan y hasta hacen olvidar las ilusiones de una ardiente esperanza.

»Nada compensa en el hombre ni en las Naciones la pérdida de la libertad; y aunque triste víctima de ella, cadáver magullado bajo las despiadadas ruedas del carro de esta divinidad implacable é ingrata, *yo la saludo reverente y enternecido, y doy por bien habidas mis desventuras si ellas*

*pueden contribuir, por algo siquiera, á ensalzar su culto y á hacerla amar.»*

Pero lo que dejé de hacer como filósofo suplí á ello como publicista en mi larga campaña con ocasión de las leyes de desamortización y demás reformas, que fueron la inmediata consecuencia de las reformas eclesiásticas y civiles de 1836 y años siguientes.

### **Derechos aportados por el proletariado al plantearse las leyes desamortizadoras en 1836.**

Frustrada la esperanza de que se convirtiesen en propietarios agradecidos de la Nación los arrendatarios del clero, según la luminosa propuesta del sabio Flores Estrada, y entregada, como lo fueron, al agio, y puede decirse que al robo, la hipoteca que hipócritamente se asignaba á los acreedores de la Nación, á cuya mayoría no podía alcanzar verse indemnizados en igual forma; no hallándose formado el *inventario general de los bienes que se desamortizaban*, ni tampoco hecha la *liquidación de la deuda*, era de toda evidencia que sin el conocimiento de este doble dato no podía procederse con justicia ni con igualdad hacia los acreedores del Estado; pero todavía alimenté la esperanza de que se evitase el perjuicio que iban á experimentar los colonos rurales con el cambio de dominio, toda vez que, siendo de notoriedad que el arriendo de aquella clase de predios era notablemente bajo y muy fácil de prever, el interés de los nuevos propietarios subiría el precio de los arriendos, si no inmediatamente, al renovarse los contratos ó poco después.

A fin de evitar que semejante contingencia se realizase bastante próximamente para perjudicar á la clase más numerosa y más digna entre los españoles que vivían del sudor de su frente, afirmé y sostuve en las columnas de *El Español* que, coetáneamente á ser puestos en venta los bienes nacionales, la ley hiciese una condición obligatoria para



los nuevos compradores de no poder subir la renta hasta transcurrido cierto número de años, ó lo que era lo mismo, y además de estricta necesidad que así se hubiese dispuesto, que los arriendos pendientes se prolongasen por un largo número de años.

Tampoco fué atendida esta aspiración, tan beneficiosa para la inmensa mayoría de nuestros agricultores; y desatendido también en el mismo terreno de justicia y de conciliación, todavía abrigué la esperanza de que se enmendase el grande error de Mendizábal, de entregar los bienes nacionales á los agiotistas y á los logreros, á cuyo efecto expuse la conveniencia de variar la forma de pago de los predios que se ponían en venta, disponiendo que por regla general, como se practicaba para el pago de los bienes de menor cuantía, que se efectuaba en metálico en diez anualidades, aplicando dicha disposición, respecto á los bienes de mayor cuantía, ampliando los plazos hasta veinte años.

Semejante importante modificación, no sólo hubiese acrecentado el número de compradores rurales atrayendo la competencia á postores de mediana fortuna, sino que habría además producido el mucho más importante resultado de que hubiese desaparecido la *mentira de que el producto de los bienes nacionales se consagraba á la extinción de la deuda*, toda vez que habría bastado destinar el producto de las anualidades pagaderas en metálico á la compra en Bolsa y á los precios corrientes de las diferentes clases de papel en curso en el mercado. Es más que verisímil que el producido en efectivo por dicha forma de venta de los bienes de los regulares y de los de las monjas, que fueron enajenados durante el período más azaroso de la guerra civil, hubiesen creado un fondo más que suficiente para haber amortizado la deuda hasta entonces liquidada.

La incautación posteriormente decretada de los bienes del clero secular y de las Corporaciones civiles dejaban disponible para nuestro exahusto erario el pingüe producto de dichas dos clases de bienes; y terminada la guerra civil y sancionadas por el Concordato con Roma las enajenacio-



nes de origen eclesiástico, maravilla, á la par que pena causa, el considerar lo cuantiosa y rica que habría podido ser la reserva de medios efectivos de que la Nación hubiese podido disponer para atender, como antes dejo dicho, á las necesidades que en siglos ya pasados tuvo el clero misión de proveer.

De no haber sacrificado por espíritu de partido, y por garrulería de indoctos economistas, los pingües recursos que la desamortización eclesiástica y civil aportaba al Estado, el nuevo ordenamiento social habría podido atender á los objetos de utilidad pública cual nuestros abuelos lo tuvieron en mira al enriquecer al clero y á las Corporaciones civiles. Habríamos entonces poseído sobrados recursos con que haber ricamente dotado al presupuesto de obras públicas, á la educación primaria, á la tecnológica, atendido á los establecimientos de caridad y de beneficencia, que tan ampliamente proveían á las miserias inseparables de la humanidad en tiempo de nuestros mayores, bienes que han sido arrebatados á las universidades, hospitales y hospicios en cambio de una renta que no se les pagó por largos años; atenciones sagradas que se habrían hallado cubiertas, y dejado un sobrante con que haber provisto á las importantes mejoras que en beneficio de la salubridad, de la educación y del bienestar de las clases trabajadoras cual existen y se multiplican en Inglaterra, en Francia y en Alemania.

Era tanto más obligatorio haber procedido con grande amor y benevolencia en beneficio de las clases desvalidas, cuanto que la *tenuta* de la propiedad territorial en España, no sólo era generalmente beneficiosa para los colonos, sino que representaba una parte aferente que de hecho redundaba en beneficio de las clases pobres.

En efecto, en la España de la tradición podía considerarse que el activo de aquellas clases se hallaba representado:

1.º Por la instrucción universitaria gratuitamente abierta á los individuos más pobres.

2.º Por las, si bien degradantes, abundantes limosnas de

los conventos, Obispos, Cabildos y clero, que, aunque en realidad diesen poco, reconocían la *obligación de dar*.

3.º Por los establecimientos de caridad que tanto abundaban, ofreciendo seguro asilo al infortunio y á la vejez desvalida.

4.º Por reclutarse el clero regular entre las clases del pueblo, y salir de sus filas los religiosos de influjo, naturales protectores de sus allegados y deudos.

5.º Por la baja renta á que el clero daba sus tierras, baja que no podía menos de hacerse extensiva á las de los grandes y á las de los particulares, no siendo posible que artículos de igual calidad obtengan dos *distintos precios* en un *mismo mercado*.

6.º Por el usufructo y posesión colectiva en que el menudo pueblo se hallaba del usufructo de los bienes de propios.

Todo esto, como no podía menos de suceder, desapareció; pero no debió desconocerse la obligación de sustituirlo por sistemas que respondiesen á los servicios públicos á que antes proveían la Iglesia y las Corporaciones civiles.

Aunque substancialmente lo que dejo dicho basta para dar clara idea de la errónea y perjudicial manera en que se dispuso de los bienes procedentes de la desamortización eclesiástica, no debo omitir hacer resaltar el aturdimiento y la ilegalidad del conjunto de medidas que caracterizaron el desastroso sistema de desamortización inaugurado por Mendizábal y continuado después por los moderados, que lo habían anatematizado hasta el punto de haberlo calificado el Sr. D. Pedro José Pidal en plenas Córtes de despojo inicuo.

Hasta el 16 de Febrero de 1836 no adoptó Mendizábal su primera medida económica de índole revolucionaria, medida que consignó en su decreto, por el que se mandaba proceder á la liquidación de los créditos no comprendidos en el arreglo presentado á las Cortes por el conde de Toreno en 1834; mas como dicha operación alarmase á los tenedores del papel consolidado en razón á la competencia que á éste harían los nuevos títulos que se creasen en virtud



de la anunciada nueva liquidación, creyó Mendizábal calmar la alarma de los interesados en títulos circulantes haciendo declarar por medio de la *Gaceta* que no era la cuantía de la deuda la que debía preocupar á los acreedores del Estado, con tal que los medios aplicados ó que pudieran aplicarse á su pago alcanzasen, como el Gobierno se lo proponía, destinando los recursos necesarios para hacer frente á las nuevas obligaciones que se contrajesen.

Lejos de que semejante declaración tranquilizase á los interesados, produjo una baja en el curso de los efectos públicos, lo que afectó vivamente al Ministro y le dispuso á no retardar lo que tenía hacía tiempo meditado y en lo que constituía el secreto, el talismán de su sistema rentístico: la expropiación del clero regular de ambos sexos, declarando que los predios rústicos y urbanos, censos y cuanta propiedad mueble é inmueble constituía la dotación de las numerosas casas religiosas existentes en España, fuesen desde aquel día bienes incorporados á la Nación.

Hasta aquí, y en el caso de haber sometido tan radical medida al examen y aprobación de las Cortes, podía cohernearse como adoptada en uso del *voto de confianza* que las mismas Cortes habían concedido á Mendizábal; concesión, sin embargo, limitadísima toda vez que llevaba la condición de que no debería usar de ella el Ministro para *contraer empréstitos, ni imponer nuevos tributos, ni ENAJENAR LAS PERTENENCIAS DEL ESTADO*; pero no se limitó Mendizábal á lo así dispuesto por la Representación nacional, sino que en uso de la *dictadura que asumió, y por un acto de la omnipotencia ministerial*, disponía en absoluto (contra lo dispuesto por la misma ley que aplicaba) de la fortuna pública.

Prejuzgando el destino que las Cortes juzgasen más conveniente dar á los bienes de la Nación, el Ministro decretó su inmediata afectación á la Deuda poniendo en venta las fincas, cuyo pago dispuso se efectuase en un papel menospreciado, para el que no había mercado abierto; papel sin empleo que constituía las siguientes clases de valores, á sa-

ber: los títulos de las diferentes clases de Deuda activa, pasiva, consolidada ó pendiente de liquidación, la que ganaba interés á metálico, la que sólo los adeudaba á papel, y por último, la llamada Deuda sin interés; masas de créditos que desde los tiempos de la Monarquía secular, y trayendo la rastra de los desastres de la invasión francesa de 1808, de la pérdida de las Américas, de la repudiación hecha por Fernando VII, de los empréstitos de las Cortes y de las pródigas emisiones de títulos autorizados por dicho Rey para apuntalar su absolutismo, componían un total de obligaciones que no cedía de doce á catorce mil millones de reales; en su mayor parte deuda aún por liquidar, pero á cuyos tenedores se entregaba el activo que la desamortización eclesiástica iba á poner en manos del Estado, sin saber en qué proporción se hallaba el valor de la hipoteca con el del importe de la deuda á que con ella se quería hacer frente.

**El carácter de indole social que representaba la propiedad eclesiástica y la corporativa, fué sacrificada por Mendizábal á beneficio de los agiotistas.**

Todo el porvenir económico de la Nación dependía, á juicio de los hombres más entendidos y según la opinión universalmente admitida, del pingüe recurso de los bienes nacionales.

La naturaleza de éstos, consistente en predios rústicos y urbanos, y en censos pertenecientes á las Comunidades religiosas, constituía el haber nacional, la prenda y la garantía de la Deuda pública, cuyo arreglo y mejora, obedeciendo á los buenos principios económicos, debió haber tenido por base y punto de partida la *liquidación y reconocimiento de la parte que no se hallaba consolidada*, á fin de que, conocido que hubiese sido su guarismo, y formado el inventario de lo que la Nación adquiriría á consecuencia de la abolición de las Órdenes monásticas de hombres, y de la apropiación al Estado de los bienes de las monjas (de los que



también dispuso el decreto de 7 de Marzo de 1836), haber adquirido exacto y cabal conocimiento de si los predios nacionales bastaban á cubrir el capital de la Deuda consolidada y el de la llamada sin interés, toda vez que las más sencillas nociones de equidad no consentían que, si dichos bienes no alcanzaban á la extinción de la Deuda, se crease una *situación privilegiada* en favor de los acreedores que se hubiesen apresurado á adquirir bienes del Estado, dejando desatendidos aquellos para cuyo pago no quedasen inmuebles, censos, ni derechos que adjudicar.

Esta última transcendental medida, que desde el reinado de Carlos III y en el de Carlos IV preocupó á los Ministros de dichos Reyes, llevaba en su seno, además del problema económico, el no menos transcendental en el orden político de cómo se haría el traspaso ó transferencia de los bienes del clero si, cual la gravedad del asunto lo exigía, se hubiese tenido muy presente que, tratándose de la desamortización eclesiástica, iba á ser España la última Nación europea que la decretara, por lo que importaba evitar los gravísimos inconvenientes que procedimientos análogos habían á la larga acarreado en Inglaterra, Alemania y Francia.

Sabido es que en el primero de estos países Enrique VIII hizo del despojo y distribución de los bienes del clero regular el cebo y la granjería de los magnates que se le unieron para llevar á cabo la reforma eclesiástica, de la que se valió como de un instrumento para dar rienda suelta á su poligamia matrimonial.

No habían obrado con más desinterés que Enrique VIII los Príncipes protestantes de Alemania cuando, protegiendo á Lutero, se separaron de Roma é hicieron la guerra al Emperador. El sistema de confiscación en masa á beneficio del poder temporal fué bueno á los magnates que seguían la bandera de aquellos Príncipes, privando á la propiedad eclesiástica, tanto en Alemania como en Inglaterra, del carácter que la Iglesia le había dado, de dotación aplicable á la instrucción, al socorro y á las necesidades á que en siglos anteriores proveían los establecimientos eclesiásticos, sin

que bastase para privar á la propiedad eclesiástica de la bondad que caracterizó su primitiva aplicación, el hecho histórico de los abusos que de su riqueza había hecho el clero católico, abusos que dieron en gran parte, sin duda, origen á que estallase la reforma de Lutero, y á que al cisma y al fraccionamiento de la Iglesia occidental siguiese en el siglo XVI la suerte que había experimentado la Iglesia griega, ó sea la de Oriente.

Todavía más contrario, tanto á la índole de la propiedad eclesiástica como á los intereses bien entendidos de las clases populares, lo fué el sistema que la revolución francesa aplicó á la desamortización. Los bienes del clero, tanto secular como regular, los vendió la Convención, disponiendo fuesen pagados en la clase de papel llamado *asignados*, cuyo valor, á poco de puesto en curso, bajó hasta perder mil por uno, pues se llegaron á pagar mil francos en *asignados* por objetos de consumo, que podían comprarse á metálico por *un franco*; y cuenta que este género de adquisiciones eran las de carácter más moral y de mayor legalidad en aquella desastrosa época; pues en su período álgido las partidas de expoliadores que se derramaron por el territorio francés, partidas á las que se dió el nombre de *bundes noirs*, que se apoderaban por la fuerza de los bienes y edificios de los emigrados y desafectos, saqueaban el mobiliario, ó lo reducían á cenizas, ó se repartían los muebles susceptibles de ser transportados, poniendo en venta los despojos de sus demoliciones.

Las tres citadas experiencias que suministraban las Naciones que precedieron á España en la reforma de sus instituciones y de su estado social, no prueban seguramente que la transferencia de la propiedad eclesiástica no debiera efectuarse. Era de todo punto evidente que los establecimientos religiosos se habían enriquecido en la Edad Media, no ya, como vulgarmente se ha creído, por fanatismo ó por efectos de la captación ejercida por los eclesiásticos, sino porque en realidad desempeñaba el clero en aquellos siglos una gran misión social, y proveía además en gran manera



á las necesidades materiales de los indigentes, como á los morales de la cristiandad.

El clero había conservado en sus catedrales y en sus conventos los depósitos de la ciencia en medio de la obscuridad de los siglos feudales. El clero enseñaba, edificaba y mantenía las Universidades, suplía con su autoridad á la no existencia del derecho público, tanto patrio como internacional, fundaba y sostenía escuelas y hospitales, redimía cautivos y desempeñaba, en suma, todas las funciones que el Estado ha tenido que ir sucesivamente llenando, por haber el clero cesado de proveer á ellas desde que pasó de sus manos á las de las clases laicales la lumbrera de la inteligencia y del saber.

### **Indocto sistema rentistico seguido por los progresistas.**

Bastan las consideraciones que quedan expuestas para justificar que la Iglesia debiese ceder al Estado los bienes con que éste había de atender á cargas á las que el clero dejaba de proveer. Conocida cuál era la índole y el carácter de aquella propiedad, una vez llamada ésta á componer parte del dominio público, lícito seguramente debía ser para el Gobierno disponer libremente de ella, pero contraía al mismo tiempo el deber de efectuarlo de la manera que mejor correspondiese al interés general; y como en la sociedad moderna la instrucción primaria, la tecnológica, las vías de comunicación, los establecimientos de créditos, constituyen las grandes necesidades del Estado, justo, equitativo, imperioso era que á estas atenciones se destinase lo que las generaciones de otro tiempo donaran para objetos análogos.

Aunque tan atendibles consideraciones no privaban, sin duda, al Estado de la facultad de considerar como interés de primer orden el pago de la Deuda nacional, habiendo España llegado la última á abordar las grandes reformas económicas que habían de seguir á la desamortización y á la con-

siguiente apropiación de la propiedad eclesiástica, estaba el Gobierno y los hombres públicos entonces imperantes en la obligación de haber hecho objeto de profundo estudio y de escrupuloso examen acerca de cuál sería la mejor manera de disponer de los bienes nacionales.

Los pensadores, los patricios honrados de los tiempos que habrán de seguir á las deplorables luchas de los partidos que traen gastada la vitalidad de España desde hace tres cuartos de siglo, dudarán sobre quién recae mayor responsabilidad, si sobre los autores del sistema de desamortización de 1836, ó sobre la ignorancia y la complicidad del país en haber dejado que un sistema empírico, y á todas luces desastroso, se sobrepusiese al más sabio y menos expuesto á decepciones, que, en la época á que me refiero, sucumbió á impulso de las preocupaciones y á las perturbaciones de la guerra civil.

El primero de los dos sistemas á que aludo fué el que envolvía los decretos de Mendizábal, disponiendo que los bienes nacionales se entregasen para amortizar la Deuda pública consolidada y por consolidar, admitiendo en pago un papel cuyo curso, evaluado al término medio del precio que alcanzaban dichas dos clases de papel, no excedía del 8 por 100; procedimiento que, si bien podía alimentar la ilusión de que las pujas á que daría lugar la depreciación de dicho papel hiciese subir las adjudicaciones á doble y triple valor del de la tasación, sólo llegaron á obtenerse resultados de esta especie cuando la terminación de la guerra civil y el Concordato con Roma hicieron adquirir alguna mayor confianza en la estabilidad de las ventas de bienes nacionales. Pero desde 1836 á 1845, y principalmente respecto á los bienes de los regulares y los de las monjas, fué lo más general que las adquisiciones se hiciesen, si no por el precio de tasación, mediante pujas que trocaban un despreciable papel por fincas pingües, de valor efectivo y de rédito correspondiente.

En aquellos primeros años de la desamortización, si no llegó la depreciación de nuestros títulos de Deuda al nivel



de la de los *asignados* de la revolución francesa, y si tampoco en verdad tuvimos *bandes noires* que recorriesen el país y expoliasen impunemente y á mano armada las pertenencias de los conventos, pero no porque no se diera el ejemplo de idénticos escándalos, dejaron los abusos de ser en extremo frecuentes, y fácil sería señalar, á no vedarlo la circumspecta reserva á que obliga el criterio histórico, los multiplicados casos en los que se adquirían fincas, no sólo de *balde*, sino que fueron pagadas con los mismos inmediatos productos de las cosechas, que en frecuentes casos quedaban á beneficio de los compradores. Capital de provincia hubo donde, por manejo de los muñidores que capitaneaban las turbas, no sólo fueron escandalosamente bajas las tasaciones de fincas de gran valor, toda vez que, ahuyentados de las subastas los licitadores por temor de la brutal clientela á la devoción de los competidores privilegiados, eran adjudicados á éstos las fincas por un insignificante aumento sobre el valor de las amañadas tasaciones; y no se limitaron á esto los fraudes y el peculato. Entre atrevidos especuladores y las oficinas de bienes nacionales hubo inteligencias que permitían ocultar ó falsificar los títulos de las fincas y de sus linderos, en términos que en una provincia no lejana de Madrid dióse el caso de que se extendieron los límites de algunas adquisiciones al extremo de hallarse puestos los compradores en posesión de miles de fanegas de tierra, por las que sólo tuvieron que pagar algunos centenares de ellas.

Aquel fatal sistema que abría la puerta á tales abusos, estribaba en un engaño y en una injusticia; siendo el primero pretender que se iba á pagar una deuda al mismo tiempo que se ignoraba si los recursos aplicables á su extinción alcanzarían á cubrirla; y en cuanto á la injusticia, no podía ser más evidente en el mero hecho de que se pagaba instantáneamente en bienes raíces, entregados á vil precio á los acreedores más osados y más diestros, ínterin el mayor número quedaban burlados por haber absorbido aquéllos la masa de los más codiciados bienes sacados á la venta.

Y todavía, más que lo malo de la operación rentística que el Estado hacía, chocaba á los hombres ilustrados y amantes de la causa de las reformas, á los hombres que habíamos hecho todo género de sacrificios y arrojado una larga emigración, hombres que, vueltos al suelo patrio, no *explotamos para nuestro medro el movimiento político*, al paso lamentábamos que los bienes nacionales fuesen la granjería de unos cuantos especuladores atrevidos; todavía más perjudicial era desaprovechar la ocasión de que se diese á dichos predios un destino más conforme con el interés general.

**Sabio y popular sistema de aplicación de los  
bienes nacionales propuesto por el gran economista  
D. Alvaro Flores Estrada.**

La iniciativa opuesta al desastroso sistema de enajenación de bienes nacionales decretada por Mendizábal cupo, como antes dejó consignado, la honra de formularla al insigne patricio, el sabio D. Alvaro Flores Estrada, uno de los muy contados liberales de 1812 que lograron, con el conde de Toreno, D. Tomás Istúriz, el coronel Peón y Cabrera de Novares, escapar, buscando asilo en Inglaterra, contra los furores de la reacción realista de 1814.

Desde aquel país escribió Flores Estrada su célebre representación á Fernando VII, escrito en el que con respetuosa dignidad, pero con viril y patriótico acento, ponía su autor de manifiesto los sacrificios hechos por la Nación para rescatar al Rey de su cautiverio, la necesidad y el deber en que las Cortes se habían hallado de votar la Constitución, y el derecho que á los españoles asistía para reivindicar su libertad perdida.

La representación de Flores Estrada, impresa en Londres y que con profusión había clandestinamente circulado por la Península, fué durante los seis años transcurridos de 1814 hasta el restablecimiento en 1820 del régimen cons-



titucional, la bandera, la apología y en cierto modo el *lábaro* de las justas quejas del liberalismo español. Y siendo tan grandes, como de tales antecedentes se desprendían, los títulos que como hombre político tenía adquiridos Flores Estrada para ser escuchado en cuestiones de interés público, iguales, si no mayores, eran los que como hombre de ciencia había merecido de todos los sabios de Europa. Su tratado de economía política, posterior á las obras de Smith, de Ricardo y de Malthus, ofrecía un resumen de la ciencia económica anterior al advenimiento de la escuela socialista, advenimiento previsto por Flores Estrada y al que supo señalar prudentes límites.

Bajo la autoridad de hombre tan docto, de competencia tan completa en la materia, apareció en las columnas de *El Español* la exposición de un sistema por el que, fundándose en consideraciones contrarias á la inmediata venta á papel, sin valor ni curso, como anteriormente dejó expuesto, en otras razones de mayor peso, proponíase la data á *censo enfiteútico* de los bienes nacionales rústicos, adjudicándolos en dicho concepto á los colonos del clero por un canon igual á la renta en que los llevaron en arriendo, cuyo producto podría aplicarse á las necesidades del Estado ó al pago de los intereses de la Deuda, según lo acordasen las Cortes.

En su luminoso escrito probaba Flores Estrada con argumentos de incontestable fuerza, no sólo que el sistema que proponía era el más aceptable, sino el único compatible con la prosperidad futura de nuestra industria; el único conveniente á los intereses de los acreedores del Estado; el único que no perjudicaría á la propiedad rural; el único por cuyo medio se mejoraría la suerte de los colonos y de la clase proletaria.

Abrazando y haciendo suyas las premisas sentadas por el sabio economista, el periódico que dejó antes citado sostuvo una brillante campaña en defensa de la luminosa doctrina de Flores Estrada, proponiendo además, en el interés de la Deuda pública, de que Mendizábal hacía gala con más celo que ilustración de querer favorecer, que para atender



al pago de los intereses de la misma Deuda se secularizase el diezmo, tributación acerca de la cual corría válida entre los incautos reformadores de la escuela progresista el anuncio de su próxima abolición. Demostraba *El Español* con argumentos sin réplica que el diezmo no era, como vulgarmente se creía, una contribución pagada por los colonos, sino un censo que pesaba sobre la tierra, y que, mediante su carácter tradicional y permanente, componía parte integrante, si bien subentendida, de la renta de la misma.

En este concepto, su abolición pura y simple debía traer, si no inmediatamente, al cabo de algún tiempo un indefectible aumento del arrendamiento de las tierras, lo cual equivalía á un regalo hecho á sus propietarios, toda vez que las habían heredado ó adquirido con un gravamen que disminuía su valor, y del que se aprovecharían gratuitamente los nuevos propietarios de no aplicarse el remedio de sustituir á la abolición del diezmo por medio de su *redención* fijando un cierto número de anualidades que hubieran proporcionado un pingüe recurso aplicable al Erario y á las atenciones de la Deuda.

Los principios sentados por Flores Estrada, y corroborados y adicionados por *El Español*, merecieron la aprobación de los hombres más entendidos en materias de Estado y de más aventajada posición social. Anónimamente, pero con luminosa convicción, vinieron en apoyo de esta doctrina comunicaciones dirigidas desde Londres por D. Pedro de Zulueta, presidente que había sido de las últimas Cortes de Cádiz de 1823, y entre los sujetos que figuraban en la política de actualidad militaban D. Antonio Pérez de Meca y los señores Morales de la Cortina, Peña Aguallo y Don Manuel Párejo.

Don Juan de la Cuadra y otros insignes patricios unieron su voz á la de Flores Estrada y á la de *El Español* para colmar el abismo á que el engreimiento de Mendizábal conducía el porvenir económico de nuestro Erario.

Pero en época de revolución las más sanas doctrinas, si de antemano no han sido expuestas, propagadas y admi-



tidas por la general creencia, se ven desatendidas y ahogadas por la pasión y las exageraciones, compañeras de las reacciones populares no menos temibles que las reacciones autoritarias.

La segunda campaña desamortizadora, que debía medir por el mismo rasero que lo habían sido los bienes del clero, el patrimonio de los establecimientos civiles, como hospitales, hospicios, colegios, Municipios y demás Corporaciones seglares que tanto abundaban en España, y cuya riqueza competía con la del clero secular, aquella campaña fué iniciada por el Sr. Bravo Murillo, hombre cuya prudencia y circunspección se dejó seducir por la lisonjera imagen de los raudales de oro que del *Pactolo* de la desamortización esperaba brotarían para las arcas del Tesoro. La ambición de adquirir propiedades nacionales por parte de los especuladores, y la sanción que el Concordato había dado á las ventas de Mendizábal, prestaron grande animación al mercado, y de ello se utilizó hasta sus últimos límites la *Unión Liberal*, favoreciendo las enajenaciones é imprimiendo un impulso nuevo y hasta entonces desconocido al movimiento de los capitales y al espíritu de empresa. Aquella segunda etapa de la vertiginosa manía por parte del Estado de enajenar á *paso de carga* todas las valiosas pertenencias que constituían el patrimonio nacional, ha hecho pasar á España, de la situación de haber sido la Nación más rica en esta clase de recursos, á llegar á verse tan escasa de ellos que, habiendo sido la mejor dotada de todas las de nuestro continente, es hoy, sin duda, la más desprovista de todas, en cuanto á reservas hipotecarias para días de apuro. Francia, que había dado el ejemplo del sistema de desamortización imitado por los progresistas, posee en bosques, en canales y otras fuentes de riqueza reservas para el porvenir, de las que no queda rastro en España. El Imperio austriaco, cuyo tesoro se halla, si no en bancarrota, poco menos que insolvente desde hace larga serie de años, conserva, sin embargo, propiedades de las que podrá echar mano en días de apuros.

Mucho más podríamos añadir sobre las aberraciones de

nuestros hacendistas de todas las escuelas desde principios del presente siglo; pero debemos encerrarnos en el estudio de la índole y consecuencias que, con relación á los intereses de las clases menesterosas, ofrecen los procedimientos de la revolución española, entendiendo por tal, no ya los movimientos que han cambiado con harta frecuencia las instituciones políticas, sino las medidas de orden económico que han influido en el bienestar y manera de ser de las actuales generaciones.

### **España y la Revolución.**

Bajo este título di á luz en 1856 un libro en el que examinaba el carácter de las reformas que habían cambiado el estado de nuestra sociedad, exponiendo en él la mejor manera de haber dado á los productos de la desamortización la aplicación más favorable á los intereses generales y al acrecentamiento de la riqueza, consideraciones que deben hallar lugar en el presente estudio.

«El atraso de nuestra agricultura, se dice en aquel libro, la pobreza que aqueja á España comparativamente á la prosperidad de que rebosan otras Naciones, reconoce las siguientes causas:

- »1.<sup>a</sup> La inmovilización á que durante siglos permaneció sujeta la propiedad territorial.
- »2.<sup>a</sup> La carencia general de conocimientos agronómicos.
- »3.<sup>a</sup> Las condiciones climatológicas de nuestro suelo.
- »4.<sup>a</sup> La falta de fáciles comunicaciones para la circulación de los productos.
- »5.<sup>a</sup> Lo restringido de nuestros consumos, restricción que reconoce por causas lo limitado de la población, la pobreza de sus habitantes, las pocas necesidades de éstos, y la analogía ó asimilación de nuestras producciones.
- »6.<sup>a</sup> La escasez de capitales aplicables á la agricultura, ó lo que es lo mismo, el alto precio que á los labradores



cuesta el dinero, que es el mayor de los impedimentos para introducir mejoras y para la formación del *capital agrícola circulante*, sin cuyo auxilio la agricultura no puede prosperar.

»Todas estas causas de atrasos tocaba haberlas removido en la esfera de los medios de que podían disponer, á los Gobiernos de los dos partidos, el progresista y el moderado, si decididamente y con ilustración se hubiesen propuesto el bienestar de España, no siendo dudoso que entre los obstáculos que había que remover era uno de los mayores la viciosa constitución de que adolecía la propiedad territorial; pero los beneficios que de la desamortización debieron seguirse para el desarrollo de la general prosperidad exigían que, de frente con aquella importante medida, se hubiesen adoptado las de otra índole, sin las cuales no podía alcanzarse el deseado adelantamiento.

»Ninguna ocasión fué tan propicia como la que ofreció la desamortización para haber impulsado al arreglo de un sistema de mejoras científicamente concebidas para la aplicación de las reformas prometidas por la revolución en beneficio de los pueblos.

»Entre las diferentes causas generales que acabo de señalar, y que constituían el grande obstáculo que se oponía á nuestro desarrollo económico, las más poderosas pudieron ser removidas con el auxilio de abundantes médicos, y la Providencia servía maravillosamente los designios de nuestros reformadores para que hubiesen aprovechado el pingüe y abundante hallazgo de la desamortización eclesiástica y civil. Aplicados convenientemente aquellos recursos á la dotación de los establecimientos y creaciones que reclamaba el nuevo orden de cosas, á la educación tecnológica de las clases trabajadoras, al aumento de las vías de comunicación, á la canalización y á las instituciones de beneficencia, á que originariamente atendían en gran parte el clero y las Corporaciones caducadas, cuya riqueza y privilegios debieron su origen, no tanto como se ha creído, á abusos y usurpaciones, cuanto á que los privilegiados del

antiguo régimen fueron enriquecidos por nuestros mayores para atender á los servicios públicos, que en aquellos tiempos corrían á cargo de dichas clases; y ahora que el Estado heredaba con legítimo derecho el patrimonio eclesiástico y el comunal, contraía la indeclinable obligación de no desatender el género de servicios á que en lo antiguo proveían el clero y las Corporaciones de origen feudal.

»Entre las medidas que permitía haber adoptado, la libre disposición de masa tan considerable de bienes rústicos y urbanos procedentes del clero secular, debió ocupar primer lugar la atención de haber destinado entre los recursos más saneados, la parte necesaria para componer la *dotación de garantía* del capital de un Banco nacional de emisión, que habría sido el modelo de esta clase de establecimientos por cuanto, fundado con un capital público, habría llenado el gran *desiderátum* de la ciencia del crédito; hecho que no ha llegado todavía á realizarse en ninguna otra Nación, después que los hombres de ciencia y los hombres de negocios, han reconocido la bondad de dicho principio, sin que haya habido oportunidad para constituir Bancos contando con capitales de la pertenencia del público; creación cuyo oportuno planteamiento en España nos hubiera valido una incontestable ventaja respecto á las demás Naciones, y procurado en favor de la nuestra, servicios públicos y superiores ventajas á las que por su índole no están en el caso de prestar los establecimientos de crédito más poderosos, cuyos capitales son la propiedad de accionistas y particulares.

»El Banco nacional de emisión, que España estuvo en situación de fundar entonces, habría podido ser el regulador de nuestro crédito, haber ahorrado al Estado los inmensos sacrificios que ha tenido que imponerse para atender é las necesidades del Tesoro, y respecto al público, habría hecho bajar el interés del dinero al nivel de como se halla en Inglaterra, en Holanda y en los Estados Unidos de América.

»Todo esto se dijo, y se explicó la manera de cómo podía haberse planteado; pero Mendizábal, que presidía á la



fortuna del partido progresista, perdió de vista la bondad de las combinaciones económicas, dejándose arrastrar por el prurito de dar lo más brevemente posible nuevos y no muy escrupulosos dueños á la propiedad eclesiástica que repartía.

»Atrevida fué sin duda la operación llevada á efecto por Mendizábal y sus sucesores, pues ella constituye lo único duradero, tangible y substancial que la revolución haya hecho, sin que esto pruebe que semejante sistema fuese el más acertado, el más equitativo, ni el más popular. Los rendimientos de la desamortización aplicados en la forma antedicha, habrían producido un efecto general en provecho de la producción de la riqueza; proveyendo con menores sacrificios al aumento de comunicaciones y á propagar la instrucción agrónoma y tecnológica; con lo que se habrían acrecentado las fuerzas productivas del país, mejorado las condiciones del suelo, y por la economía de los elementos de la producción, principalmente consistentes en la baja del interés del dinero y en el aumento de las vías de comunicación, se habría procurado el incremento del producto *neto*, ó sea del capital disponible para la reproducción.

»Todas estas cosas se sacrificaron á ciencia cierta, con pleno conocimiento de causa, por ignorancia y por espíritu de partido, y cuando todo ello se ha ejecutado en presencia de la Nación entera, que lo ha visto con sus propios ojos, no es de extrañar, que se haya revelado y cunda entre las masas populares el sentimiento de que los que han alardeado de obrar en el interés del procomún no hayan hecho partícipes á los proletarios de las ventajas que debían encontrar en el nuevo orden de cosas.

»Mal administrados por sus poseedores los bienes del clero, rindiendo menos en renta de lo que podían rendir, el beneficio era, sin embargo, para los colonos; además de que las Corporaciones eclesiásticas, por instituto y por más debilitada que se hallase su caridad en los últimos tiempos, no negaban limosnas á los menesterosos, sin contar con que el mismo clero, y sobre todo el regular, se reclutaba entre

las filas del pueblo; de suerte que éste beneficiaba en tres maneras de la existencia de la propiedad eclesiástica: 1.<sup>a</sup>, aprovechándose de la baja de la renta de la tierra; 2.<sup>a</sup>, por la aplicación que á objetos de beneficencia tenía no pequeña parte de las rentas eclesiásticas; 3.<sup>a</sup>, porque los establecimientos de la Iglesia los llenaba el pueblo, y entre los individuos de éste se repartían sus preeminencias, bienes, rentas, honores, influjo y la consideración, que emanaban de los establecimientos eclesiásticos.

»Semejante estado de cosas, se ha dicho y es una verdad incontestable, fomentaba la holganza y comprimía el desarrollo de la riqueza, como antieconómico y opuesto á los adelantos de la cultura moderna. Ni por un momento cabe sostener que debiese conservarse lo que existía, ni después de haber concedido el principio de que el Estado podía apropiarse los bienes del clero, podía versar la discusión sobre otro punto que sobre el del uso hecho y el destino dado á unos bienes, á los que estaba afecta una hipoteca tácita en favor de las clases pobres; bienes que se han enajenado sin haber provisto á las necesidades que con ellos se atendía, de otra manera que por medio del presupuesto, cuyo peso viene en último resultado á recaer sobre el sudor del trabajador.

»Y si al despilfarro, decía yo en aquel libro, coetáneo á la enajenación de los bienes del clero regular, se añade la venta inmediata y aguijoneada de las propiedades municipales y provinciales, sin haber proveído al verificarlo á que los braceros de los pueblos encontrasen alguna compensación de las facilidades que antes poseían para roturar á censo las tierras del común y para hacer leña en sus montes, ¿podrá decirse entonces que el estado social que se está creando provee á la suerte, al porvenir de las clases pobres, y haya procurado conservarlas lugar análogo al que ocupaban en la defectuosa sociedad que hemos destruído?

»Consultad, continuaba yo diciendo, sobre la enajenación de los bienes de propios el sentimiento de los pueblos. La gente rica y acomodada aplaude la medida, segura como se



halla de aprovechar de ella. Los jornaleros y los pobres la lamentan porque ven transformarse en dominio privado un fondo de reserva que miraban como suyo en lo presente ó en lo venidero.

»Gravísima imprevisión sería la de no ver un peligro, y tal vez no muy lejano, en la transformación de una sociedad cuya propiedad colectiva y pública pasa toda entera al dominio particular en beneficio exclusivo de las clases acomodadas; y no siendo admisible, además, que la sociedad del porvenir que sobre las ruinas de la antigua se está edificando sea una sociedad en la que no haya pobres, en la que los proletarios no se encuentren en mayoría, ¿cuál no podrá ser el sentimiento de estos últimos, cuando en lo venidero sus GRACOS ó sus BABOEUFS, pues nunca faltan tribunos audaces ó patronos generosos á las muchedumbres desheredadas, digan á los demócratas del porvenir: *«el estado social que tenéis delante se fundó sobre la expropiación del pueblo: las tres quintas partes del territorio de España pertenecían al dominio público, cuando salieron de manos de las clases privilegiadas y de las Corporaciones locales, y todo ha quedado en manos de los ricos; nada os han dejado, ni un pedazo de tierra al que pueda aspirar, como antiguamente podía hacerlo el infeliz jornalero.»*

»La historia de ningún país ofrecerá á los futuros agitadores de la especie humana palanca tan poderosa como la que encontrarán los mal avenidos con la sociedad que actualmente se edifica, en los sistemas y en los métodos aplicados á las reformas económicas, males que, aunque en lonjananza, encierran al terrible germen de un socialismo más temible que el que amenaza á las demás Naciones cultas.»

**No se hizo esperar mucho  
la realización de los pronósticos del autor.**

Doce años después de publicadas estas tristes y sentidas previsiones estalló el movimiento de 1873, cuyas fases se

hallan frescas en la memoria de todos, y que en grande escala, y no ya en una sola provincia sino en todas las zonas del territorio, hicieron resonar el grito aterrador de *reparto de tierras*, llevado á efecto en algunas localidades; intento que si bien no llegó á generalizarse y á prevalecer, debióse á la proverbial é innata honradez del carácter español, sin que dejase de ser síntoma innegable, el de que en la masa del pueblo existe la huella del agravio que le ha inferido la palpable desigualdad habida en el reparto del haber nacional.

Y si las consecuencias del hondo resentimiento que en el corazón de las muchedumbres no han podido menos de dejar los desaciertos de nuestra legislación económica, no produjeron en aquella época sus más desastrosos efectos, ninguna mayor prueba podría ofrecerse de la probidad y de la mansedumbre del castizo del noble pueblo español, que supo acallar sus resentimientos antes que cometer el grave delito de insistir en la violación de la propiedad constituida; sentimiento de equidad al que vinieron á dar vitalidad, y esto quizá nos salvó de los peligros de una ley agraria, la energía del instinto patrio y la fuerza del principio de libertad que, ante el carlismo que amenazaba devorarnos reunió á todos los españoles, ricos y pobres, en un mismo impulso contra las armas del Pretendiente y los atentados del cantonalismo.

Sería menester estar ciegos para no ver que el sordo rencor que late en el pecho de la clase proletaria y de los braceros agrícolas, tiene un origen y obedece á causas de las que no basta desentenderse para alejar las desastrosas consecuencias á que pueden conducir.

Los perjuicios que para los intereses públicos en general, y para las clases jornaleras en particular, se han seguido de los sistemas que han regulado el cambio de manos experimentado por la propiedad que enajenó el Estado, queda demostrado en las precedentes páginas, y no es necesario acudir á nuevos argumentos para hacer penetrar en la conciencia de todos, que la realidad del peligro existe,



atestiguada como se halla por el descontento y las aspiraciones del proletariado en las Naciones de nuestro continente, y comprobado más que suficientemente en España por las aplicaciones que de la doctrina federal llegaron á hacerse en no pocas localidades de la península en los períodos álgidos de la República.

Además, y aun prescindiendo de la consideración de haber de conjurar venideros riesgos, basta haber demostrado la existencia de una injusticia cometida, de una verdadera usurpación de derechos, cual la que se infirió al desconocer, cuando se dispuso de los bienes del clero, que en ellos tenían una parte tácita las clases menesterosas, á cuyas necesidades atendía aquél de diferentes maneras; basta, decíamos, que la cuestión descanse en semejantes premisas para que se medite y se piense en la manera de remediar lo hecho, pero efectuándolo *sin violencia, sin ataque á los derechos creados* por los errores y abusos, cuyos efectos importa remediar.

La inmensa iniquidad consumada en 1793 por la Francia revolucionaria, confiscando y vendiendo los bienes de los emigrados lanzados del patrio suelo por las persecuciones de los terroristas, se reparó por la restauración borbónica indemnizando á los expropiados, antiguos dueños, sin perjudicar á los compradores de la Nación. No se requiere que deba ser de la misma especie, en cuanto á su forma y manera, al que adoptó en Francia el ministro Villele, el método que haya de adoptarse para subsanar el mal que hemos señalado. Dentro de los principios de la más estricta equidad cabe providenciar que se atienda en términos conciliadores al abandono en que, más bien por errores de sistema que por dañada intención, han quedado en España las clases trabajadoras, á consecuencia de las leyes de desamortización, y del ningún miramiento observado respecto á los perjuicios que no podían menos de originarse á los colonos y á los jornaleros de los sistemas seguidos al disponer de patrimonio público que componía el acervo común de las diferentes clases de la Nación.

Años antes de emprender *El Correo Nacional* la propaganda relativa á los beneficios que á la Nación, á los colonos agrónomos, y en particular al proletariado, se seguirán de la aplicación del sistema de Flores Estrada respecto á los predios rurales procedentes de la desamortización eclesiástica y civil, había yo hecho objeto de atendibles observaciones, especialmente encaminadas al fomento de la riqueza pública, señalando procedimientos conducentes, á realizar por los medios de ejecución propios del sistema que en su día expuse, y del que dan idea las siguientes explicaciones:

**Exposición y medios ejecutivos del plan propuesto por «El Español» y «Correo Nacional» en apoyo del sistema de Flores Estrada.**

«El principio de la organización de los medios conducentes á acrecentar los productos del trabajo, no es otra cosa sino la aplicación por la sociedad moderna del precepto cristiano, de ayudarse los hombres unos á otros como hermanos y de atender á la subsistencia del pobre; subsistencia que no bastarían ya á asegurar las limosnas, ni la sociedad podría resistir á la destrucción de capitales que sería la consecuencia de la continuación de socorros gratuitos, ni es compatible además el perfeccionamiento moral é intelectual que las masas tienden á adquirir, con la pobreza y humillación que alimenta y sostiene el sistema elemosinario que distinguió las costumbres de nuestros mayores.

»La organización de los medios de fecundizar el trabajo no es realizable actualmente en el mismo grado de perfección en que llegará á constituirse cuando los problemas económicos que hoy obscurecen todavía la ciencia se hallen resueltos, cuando la sociedad por su parte haya adoptado principios de legislación que no pueden improvisarse.

»El porvenir de las Naciones modernas está llamado á ligarse, con la toma de posesión por el hombre del mundo



material, cuyos elementos dominará y cuyas formas hará plegar á las concepciones de su inteligencia.

»La mecánica y la ciencia dirigidas por el hombre trasladarán á las fuerzas artificiales la acción que hoy desempeña la fuerza animal. El hombre dejará de ser instrumento de la fuerza meramente bruta, y se convertirá en director de fuerzas motrices. Los fenómenos de la industria y de la organización llegarán á sus últimas consecuencias. Los trabajos manuales que hoy se ejecutan doméstica y aisladamente podrán ejecutarse á la vez con mayor economía y perfección para ciudades enteras, y multiplicar á lo infinito las fuerzas productoras de toda asociación colectiva.

»Pero este porvenir está aún bastante lejano, y la obra de la filosofía y de la sociabilidad debe contentarse con preparar su advenimiento, no embarazando su realización, y sobre todo poniendo el mayor conato en dar tal colocación á la acción de los individuos que los esfuerzos de todos los interesados en un mismo fin social faciliten y abrevien la obra común.

»La sociedad debe ponerse en camino de conseguir todas las mejoras y los adelantos que encierra el progreso, haciendo cesar el estado de guerra en que viven sus individuos.

»Para esto se hace preciso que la sociedad comprenda y haga entrar en su arreglo la universalidad de sus individuos.

»Bajo el imperio de las ideas recibidas la ley civil debe al hombre *seguridad personal, garantía de su propiedad, libertad política y de conciencia, igualdad legal*, facultad de usar desembarazada y libremente de su entendimiento y de su personalidad.

»Pero la mayoría del género humano es ignorante, no tiene conciencia de sí misma, y se encuentra en el desvalimiento, y frecuentemente sin medios asegurados de subsistir.

»La sociedad moderna debe á las clases menesterosas educación religiosa y moral; instrucción elemental haciéndola extensiva á la enseñanza de las artes que tienen apli-

cación á los usos más comunes de la vida; trabajo á los brazos que no encuentren ocupación en las empresas particulares; asilo á la vejez desvalida; sepultura á los que fallezcan privados de los medios de costear un modesto funeral.

»Sólo así podrá considerar el hombre que vive en una sociedad amiga que reconoce y sigue las leyes de la Providencia; sociedad que, lejos de tener el individuo interés ni deseo de turbar, le será beneficiosa y lo alejará de desórdenes, de debilidades y de crímenes.

»La doctrina de la organización del trabajo, reducida á su último término y á su forma la más sencilla é inteligible, significa que el Gobierno de la sociedad debe tener, en la previsión de eventuales carestías, malas cosechas y crisis comerciales que degeneren en falta de trabajo para los braceros; debe tener, como acabo de decir, estudiados y pronto á ser puestos por obra planos especiales de grandes trabajos de utilidad pública, y en lo posible de índole reproductiva, para por tales medios atender á las crisis que afectan la subsistencia de las clases jornaleras, sin que semejante previsión deba tener nada de común con la utopía del *trabajo nacional* que puso tan en boga en 1848 en Francia el célebre Luis Blanc: toda vez que lo que propongo colocaría á los Gobiernos en situación de atender á las fortuitas eventualidades, á que tan frecuentemente exponen á los jornaleros los menoscabos del comercio y de la industria, y las inevitables fases adversas que presentan las numerosas colectividades de brazos, de cuyo empleo depende la subsistencia de la gran mayoría del pueblo trabajador.

»Las obras públicas á que me refiero deben ser, como dejo dicho, de la clase de las reproductivas, que acrecientan la prosperidad general y tiendan á aumentar la producción, y por consiguiente la riqueza. Sentado el principio de que la sociedad está en la obligación de atender á las colectividades cuya subsistencia depende del diario empleo de los brazos del jornalero, síguese de ello como condición indeclinable que el precio de los jornales en materia de obras públicas deba tener por base cubrir las necesidades



materiales é imperativas del jornalero, sin por ello exceder este límite. La masa de trabajos que la Dirección de Obras Públicas reclame de los trabajadores ha de guardar relación con lo que abonan los particulares para esta clase de peonías, ó lo que viene á ser lo mismo, el trabajo exigido por la Dirección de Obras Públicas ó por los contratos que de ella emanen, habría de ser cumplido y severamente impuesto á fin de que el trabajador gane competentemente el jornal que se le asigne.

»La admisión del principio que dejo sentado tendrá por resultado impedir que la baja de los jornales de la industria particular no abaraten los salarios hasta el extremo, como se ha visto en varios países industriales, donde el precio del jornal ha llegado á reducirse á un guarismo equivalente á dos reales diarios, donde se necesitan cuatro ó cinco para asegurar el sustento diario del jornalero, en tales términos que la retribución de los faenas que no exigen del obrero otra aptitud que la del simple empleo de sus brazos, no llegue á degenerar en detrimento de los desvalidos, al paso que en las épocas de prosperidad la demanda de brazos los haga afluir á las empresas particulares.

»Los salarios abonados por la Dirección de Obras Públicas ó de los contratistas que de ella dependan, conducirían al resultado de establecer prácticamente un nivel regulador del salario de los braceros, al mismo tiempo que de dotación alimenticia del ser humano, que no cabe condenar á la mendicidad en una sociedad bien constituida.

»Los ricos no lo serían si la población y el consumo de la mayoría de los habitantes no hubiesen elaborado el crecimiento del capital en beneficio de los productores y empresarios. La riqueza no es otra cosa sino el trabajo acumulado en virtud de la apropiación procedente de los rendimientos del consumo de las muchedumbres que han enriquecido á los capitalistas.

»El exigir, pues, de los contribuyentes que cooperen por medio de prudentes anticipaciones ó de cuotas destinadas á formar el capital de circulación llamado á constituir el

fondo contributivo que ha de dar trabajo á los braceros ociosos, no constituye un acto duro ni hostil.

»Los capitalistas sólo serían llamados á favorecer á las clases que *en ochavos y en cuartos los han enriquecido* por medio del consumo general. Por otra parte, la naturaleza de las obras de que se trata, siendo de las reproductivas, los contribuyentes hallarían compensado el empleo de sus fondos en el aumento de la riqueza del país y en las infinitas combinaciones de que son susceptibles las obras públicas.

»Explicado en qué consiste el principio de la organización del trabajo, sólo resta formular el precepto reducido á *combinar la asociación de los capitales y del trabajo á beneficio, á la vez que del Estado, de las clases proletarias.*

»La manera de reducir esta doctrina á la práctica es obra reservada al hombre de Estado ayudado por las sugerencias de la ciencia económica. No me considero en el caso de formar un proyecto de ley, cuyos elementos corresponden, como he dicho, á la ciencia administrativa y á la capacidad profesional.

»Eran á todas luces favorables al desarrollo del trabajo y de la industria las condiciones en que se hallaba España en 1836, toda vez que habría bastado entonces proclamar la doctrina y sentarla como principio fundamental, bajo Gobiernos que hubiesen llenado su misión en la época á que me refiero, en la que la acción del trabajo alimentado por empresas de pública utilidad, por el establecimiento de un sano sistema bancario y por la importación de capitales extranjeros, que no hubiesen dejado de acudir, la extensión que á consecuencia de todo ello, y por efecto de la seguridad que presta un Gobierno libre, no habrían podido menos de fomentar grandemente la agricultura, la fabricación y el comercio, en términos que hubiesen bastado por luenos años para utilizar el trabajo de las clases proletarias y abrir las puertas á su futuro bienestar.

»Mas ya que esto no se hiciese, siempre será oportuno establecer una saludable armonía entre todas las clases de la sociedad haciendo comunes sus intereses y asociando



sus esfuerzos por medio del reconocimiento de los principios que dejo sentados, y cuya observación habría de tener oportuna cabida en la legislación y en las costumbres del país.

»La forma destinada á realizar la aplicación de estos principios habría debido adoptar como bases:

»1.<sup>a</sup> Excitar la solicitud del Gobierno en favor de establecimientos dirigidos á facilitar la producción, protegiendo las empresas fundadas en sanas condiciones y que hubiesen por objeto fomentar el trabajo.

»2.<sup>a</sup> Crear un sistema de obras públicas, concebido en términos que diesen por resultado que en todas las localidades del Reino se ofreciese empleo á los brazos que dejasen de ocupar los trabajos de la agricultura y de la industria.

»3.<sup>a</sup> Regularizar la participación que la propiedad debería tener en este sistema de trabajos, en términos que ella contribuyese al doble objeto de atender á las necesidades del proletariado, al mismo tiempo que lograse una intervención y una garantía del acertado empleo de las capitales.

»4.<sup>a</sup> Como consecuencia del sistema que dejo formulado, no podrán menos de obtenerse los siguientes resultados:

»Primero. Que nunca faltase trabajo á los brazos para los que no hubiese demanda en el mercado general.

»Segundo. Que el salario sea suficiente á cubrir las necesidades materiales del bracero.

»Tercero. Combinar la acción del Gobierno y de los particulares en beneficio de instituciones que aseguren al proletariado una instrucción y una enseñanza propias á desarrollar las facultades productivas del hombre y á excitar en el pueblo trabajador hábitos de economía, y de orden.

»Tal es, decía *El Correo Nacional*, el espíritu, las bases y la organización que ofrece nuestro sistema. Por él se concilia esencialmente la restauración de los principios de autoridad, de orden, de obediencia con los de libertad, de adelanto intelectual, de progresiva y completa consecución

de todas las prerrogativas que reclama la democracia de las sociedades modernas.

»Estos resultados se conseguirían sin enajenar la independencia de la razón en favor de ningún sistema determinado cuya adopción no cierre la puerta á la influencia de ideas nuevas y más perfectas. Establecería el orden y la armonía en lo presente, coordina y regulariza la sociedad actual, sin usurpar los derechos ni las esperanzas de la sociedad venidera; admite y dar lugar legítimo á las doctrinas hasta ahora reconocidas por buenas y aceptables; realiza la concepción y las ideas del siglo, dejando abierto y expedito el camino á los adelantos del porvenir; establece la paz y la alianza entre las diferentes clases de que la sociedad se compone. Estos principios garantizan al rico la conservación de su propiedad; aseguran al pobre la instrucción y la subsistencia; preparan la entrada de las clases proletarias á la participación del poder político. La Religión y los tronos ocupan en nuestro sistema el lugar que reclama la conciencia y el interés de los pueblos. Las reformas sucesivas que los adelantos sociales y la política de los Estados exijan del tiempo, y que justifiquen los progresos de los conocimientos humanos, adquirirían desde hoy medios legales de recomendarse y de obtener el asentimiento y la sanción de mayorías ilustradas, moralizadas y dispuestas á realizar las ulteriores concepciones de la inteligencia.

»No pensamos que nos ofusque la predilección hacia nuestras doctrinas, pero sinceramente creemos que ellas abrazan las necesidades actuales de nuestro país, y que además están de acuerdo con las ideas recibidas y acreditadas en la sociedad europea.

»Hombres más competentes y más ilustrados que nosotros podrán, no lo dudamos, formular otros sistemas más vastos, más profundamente concebidos; la imperfección de nuestro trabajo quizás estimule y despierte inteligencias más elevadas que la nuestra. Pero no por eso dejaremos de haber sido los primeros en buscar remedios al mal y haber indicado la manera de conseguirlo, si no perfectos, al me-



nos suficientes y superiores hasta los ahora aplicados.

»De buena fe nos dirigimos á los hombres de Estado de los diferentes partidos políticos que nos dividen, é interrogamos su conciencia. Los principios que iniciamos en su día, y á los que siempre hemos sido consecuentes, ¿desconocen acaso las exigencias legítimas, las teorías acreditadas, y en las que reside la principal fuerza de los sistemas que respectivamente aquéllos defienden? ¿No sitúan sobre una base nueva y satisfactoria los intereses y los derechos de las opuestas opiniones del bando reformador? ¿La admisión de nuestra teoría no daría lugar, representación y cabida á las esperanzas y á las ambiciones que es de la esencia de todo sistema de libertad dejar francas y expeditas? ¿No concilia de una manera más completa que hasta el presente ha podido esperarse la libertad con el orden público, el poder con la democracia, la Religión con la tolerancia, la riqueza con el trabajo?

»El no llegar de repente al último límite de lo perfecto, no podrá razonablemente oponérsenos como una objeción al arreglo detenidamente expuesto.

»Sólo restaría, pues, examinar si las dificultades prácticas que se opongan á la aplicación de nuestra teoría son tan serias y tan fundadas que la priven del carácter positivo, de la virtualidad real, de que las creemos dotadas.

»Sobre este punto provocamos y estamos dispuestos á sostener la discusión á que dé lugar la enunciación de nuestra teoría.

»No pretendemos regentear á nadie, ni sujetar á los hombres que hasta ahora han sido los directores de la opinión á que se conviertan en adeptos nuestros. Probablemente ellos serán nuestros maestros y nuestras guías en el momento en que, reconociendo la situación moral en que nos encontramos, admitiendo la insuficiencia de los medios empleados para resolverla, fijando, en suma, la cuestión social en el terreno en que la coloca la justa apreciación de nuestro estado, se resuelvan á examinar el valor de nuestras ideas y reconozcan, ya que no su mérito, su oportunidad. Una vez

que los espíritus tomen esta dirección, la superioridad que nos complacemos en reconocer en los hombres eminentes á quienes aludimos, recobrarán todos sus derechos y volverán á marcar su lugar al frente del movimiento social.

»Este momento, apetecido por nosotros con ardor igual á la convicción que nos mueve, volverá á confundirnos entre las filas de la muchedumbre en el puesto de simples soldados, que basta á nuestra ambición y que sólo justifica nuestra insuficiencia.

»Un fin único nos anima: la propagación y el triunfo de ideas que creemos útiles á la causa de la humanidad.

»La voz que levantamos no es un grito de orgullo ni una palabra de inspirados; es el profundo quejido que nos arranca el padecimiento, la impresión que en nosotros causa el intenso mal social que nos devora, y que por todas partes denuncian la discordia, la confusión, el desaliento y la esterilidad que señalan los esfuerzos de nuestros partidos políticos.

»Cualquiera que sea la acogida que las opiniones dominantes reservan á la exposición de nuestra doctrina, la masa de nuestros conciudadanos, la gran mayoría que conserva ideas y sentimientos castizos, los que miran en nuestra sociedad los intereses reunidos de una gran familia cuyos miembros tienen iguales derechos, iguales títulos al amparo del Gobierno de la Nación, la mayoría, á la que repugna la idea de privilegios, y anhela la corrección de abusos, á los que sinceramente desean el afianzamiento de instituciones que aseguren la libertad y el bienestar de los pueblos, á esta mayoría es á lo que apelamos en la que reconocemos la legítima expresión del juicio del País para hacer justicia á nuestras intenciones y á nuestro propósito.

»En ella esperamos encontrar la libertad de ánimo, la pureza de corazón, la independendencia de voluntad de que la vanidad y los compromisos de partido privan á hombres elevados en dignidad. El apoyo de aquella respetable y fuerte mayoría; la simpatía del pueblo, del verdadero pueblo español, hasta de presente víctima y juguete de intere-



sadas pretensiones, nos consolará del desdén y de las afectadas sonrisas que quizá reservan á la expresión de nuestras aspiraciones los despreciadores de toda innovación que, proponiéndose abogar por los desvalidos y los pobres, aspira á cercenar las preeminencias de los que sólo pueden sostener su boato y su importancia á la sombra de sistemas gastados, esforzándose en mantener los errores y los abusos que los han hecho lo que son.

»La sagacidad del pueblo no se dejará arrastrar por los interesados clamores que contra nuestras ideas se susciten. Ellas tienden á realizar un porvenir democrático y fraternal que debe asustar á las almas frías y egoístas que no ven en la sociedad otra cosa sino un grande elemento para labrar su engrandecimiento y aumentar sus goces, que miran con indiferencia los padecimientos de sus semejantes, que opinan que la miseria, la abyección de muchos, es la legítima é inevitable condición de la riqueza y de la elevación de unos pocos. Esta clase de hombres, desgraciadamente la más influyente, acostumbrada á aprovecharse de la ignorancia y de la docilidad de las clases laboriosas para tomar su nombre y dirigir los negocios públicos en mira de su interés privado, verá quizá con saña un pensamiento que directamente se encamina á dar por base al gobierno de la sociedad el interés de la verdadera mayoría, y á convertir en asociación humana, religiosa y moral las aglomeraciones de hombres hasta de presente asociados para consagrar, bajo el velo del bien público, privilegios y abusos á que los adelantos de la educación de los pueblos amenazan poner un irrevocable término.

»Afortunadamente, esta clase de hombres sólo es temible cuando no encuentra contradicción ni obstáculo, cuando enmudece la voz del interés público, cuando la apatía de las almas y la postración de los espíritus permite á un pequeño número de intrigantes cubrir su egoísmo y su codicia bajo el manto del interés de la sociedad.

»Pero jamás se verificó entre los hombres la manifestación de la palabra de verdad, de caridad, de amor, sin que el



grito de la humanidad y de la conciencia, sin que la expresión de la razón dejasen de encontrar eco y simpatía entre los pueblos, reuniendo las voluntades y los afectos en derredor de la doctrina que haya llegado á acreditar su eficacia y su bondad.

»Muy lejos estamos de persuadirnos de que la aparición de nuestro sistema señale una era de triunfo para sus propagadores.

»Si calculásemos sobre las ventajas de nuestro interés privado, otra habría sido nuestra conducta. Los partidos ya organizados, y que se hallan en posesión de la influencia que dan el tiempo y el poder de las ideas admitidas, habrían recompensado nuestra adhesión á sus miras con honores, con distinciones, con puestos de lucro. El camino que hemos escogido no es el que conduce al valimiento ni al poder; pero en esto mismo creemos haber dado la mejor prueba de nuestra convicción y de la moralidad de nuestro empeño.

»Todos los novadores se exponen á la contradicción, á la repulsa, á veces á la persecución y al desprecio. Sin provocar la saña ni el resentimiento de ningún partido, porque á todos hacemos justicia y á ninguno excluimos de la parte que legítimamente les pertenecen en la reorganización social que á todos se impone, desde luego aceptamos con resignación, con calma, sin orgullo, las consecuencias de nuestro proceder.

»Cualquiera que sea la suma de disgustos que nos atraiga la pérdida de ventajas personales que ha de ser la consecuencia de la posición que escogemos, nos indemnizará la conciencia de haber obedecido á nuestro convencimiento y la ventaja de hacer á nuestros compatriotas partícipes del pensamiento de reconciliación, de laboriosidad y de amor que guía nuestra pluma y alienta nuestros esfuerzos.»



## CONCLUSION

No se necesita para reparar el mal causado por las deplorables leyes desamortizadoras invocar procedimientos que puedan ser rechazados, ni por la escuela conservadora, ni por la escuela democrática. Recientemente han dado ejemplo digno de fijar la atención universal los proyectos de ley por medio de los cuales se trata de proveer en Alemania á la orfandad en que las clases proletarias han quedado de resultas de los cambios experimentados en las condiciones de la sociedad moderna, ella misma interesada en que se restablezca la armonía y la recíproca ligazón, que no debió jamás interrumpirse, en las relaciones entre el capital y el trabajo, entre el Estado y la mayoría numérica que compone el proletariado.

Dentro de principios de justicia, de bien entendida solidaridad social, dentro del espíritu de fraternidad y amor al prójimo, inseparables del principio cristiano, corresponde buscar los medios y apropiar la manera de balancear las desigualdades que han sido la inevitable consecuencia de las alteraciones que la sociedad moderna ha traído al estado de relaciones que existía entre las diferentes clases de la sociedad que precedió á la del presente siglo.

Digna es, por cierto, de fijar la atención de los estadistas, de los amantes del bien público y de la generalidad de los ciudadanos la analogía que existe entre las previsiones que, hijas del pensamiento español, se *produjeron en la época en que se verificaba la desamortización eclesiástica y civil*, y las medidas reparadoras que acababan de iniciarse en las Naciones que marchan al frente de la civilización. Ninguna ocasión sería tan oportuna como la en que nos hallamos para ocuparse de este asunto como la que podrían ofrecer las próximas elecciones de unas Cortes producto del sufragio universal.

Suficientemente demostrado queda en lo que dejo expuesto los fundamentos de justicia y los de conveniencia

que á todas luces aconsejan no dejar pendiente la solución de un problema preñado de peligros que no son imaginarios, toda vez que de ellos dan testimonio las latentes luchas que en el seno de las sociedades cultas alimenta contra las clases acomodadas el proletariado, ese ejército de descontentos que se suma por millones y están siendo motivo de alarma para los Gobiernos más fuertemente constituídos.

Aunque originado de diferentes causas, el litis socialista lo mismo germina en las nacionalidades primitivas como Rusia, como en las saturadas de civilización, en cuyo caso se halla Inglaterra con relación á Irlanda.

Si algún pueblo del continente podía haberse considerado como destinado á haberse hallado exento de la gangrena del antagonismo de clases, lo era seguramente la España anterior al siglo XVIII.

Creo haber plenamente demostrado que por ignorancia, por espíritu de partido, y por lo poco aptos que los españoles nos hemos mostrado para apropiarnos las costumbres de la libertad, se desconocieron los oportunos medios de haber realizado en excelentes condiciones de equidad y de interés patrio la solución del problema, siempre arduo, de la transferencia de la propiedad.

También creo dejar probado que la masa del proletariado poseía en España, á la vez que una *parte aferente* en las temporalidades del clero, un usufructo tácito en sus rendimientos y en los de las tierras en cultivo, de cuyo bajo arriendo participaban todavía, en más tangible escala que los colonos, los braceros, de mil maneras beneficiados con las granjerías que sacaban de las prestaciones comunales.

No es menos evidente que, al disponer de los bienes del clero, la Nación contrajo la tácita obligación de subsanar por adecuados medios los beneficios de que quedaban privados los colonos y los jornaleros.

No es tampoco, ni por un momento, cuestionable que los bienes nacionales vendidos desde la fecha del decreto de Mendizábal hasta que se celebró el Concordato con el Supremo Pontífice fueron, por lo general, casi regalados y to-



davía con evidente ventaja para los compradores, aun después que el Concordato hizo menos desventajosas las ventas para el Estado. Nada tendría, pues, de violento, de injusto, ni de expoliador el disponer que á manera de subsanamiento, y como garantía ó como *premio de seguro* contra todo remoto riesgo de *reivindicación* contra futuras, eventuales y temibles exigencias de parte del socialismo militante, se hubiese impuesto una módica cuota á cargo de dichos compradores, la que, fijada respecto á los de la primera clase en 1 por 100 sobre la renta aferente á dichos bienes en la época de su adquisición, y á medio por 100 respecto á los enajenados después de ajustado el Concordato con la Santa Sede, sería semejante impuesto susceptible de haber producido un rendimiento ánuo que no habría bajado de 200 millones de reales; y cuenta que dicho rédito no le he calculado arbitrariamente, ni llevado del más remoto espíritu de exageración. Para indicar semejante guarismo he consultado la opinión de hombres doctos y prudentes muy conocedores de las condiciones económicas del país y llevados de un espíritu esencialmente conciliador.

No me he propuesto, sin embargo, que semejante medida se adopte por el Estado, no obstante la evidente justicia en que descansaría; pues si bien no es dudoso que ninguna dificultad hubiera ofrecido adoptarla como condición al efectuarse en 1836 y 37 las subsiguientes enajenaciones, en la actualidad, no sólo sería ruidosamente repugnada por los compradores, sino que también ofrecería el inconveniente de que, habiendo pasado no pocos años desde que los consabidos bienes pasaron á manos de nuevos poseedores, habría de recaer sobre los actuales dueños la compensación de beneficios de los que no han disfrutado.

Nada fué tan justo en la antigua Roma como la reivindicación intentada por los Gracos respecto á las usurpaciones consumadas por el patriciado de las tierras procedentes de las conquistas hechas á precio de *la sangre del proletariado*. Sin embargo, la justicia que inspiró las leyes agrarias en cuya demanda sucumbieron los generosos tri-

bunos de la antigua Roma, no impidieron que los patricios triunfasen en las luchas que dejaron sin efecto el generoso intento de los nietos del grande Escipión.

No me hago, por consiguiente, la menor ilusión respecto á que toda medida retrospectiva relativa á bienes nacionales sería una causa de trastorno, un peligro inmediato y tal vez superior al de dejar subsistentes los efectos palpablemente desastrosos para las clases que se vieron privadas de lo que *era legítimamente suyo* y no debió serles tomado, sin que á la desamortización hubiesen acompañado las precauciones que habrían reparado el daño sin arrostrar los inconvenientes que hoy tendría la adopción de medidas retrospectivas.

Pero abandonando la hipótesis de imponer un gravamen á los que adquirieron de balde, ó poco menos, las propiedades nacionales, todavía queda un campo enteramente legal y del todo equitativo para remediar las consecuencias del craso error económico á que condujeron las leyes de desamortización.

Es de todo punto evidente que si el patrimonio público salió perjudicado como lo fué por las leyes de 1836, lo que la Nación perdió en inmuebles lo ha ganado la Hacienda pública en general, como igualmente la propiedad y los poseedores de la riqueza territorial y urbana.

De este aumento de capital se utiliza el Estado por medio del crecimiento de las contribuciones, con las que provee á los diferentes servicios públicos de nueva creación necesitados por el cambio de costumbres y de instituciones.

El principio en que descansa la ley de pobres de Inglaterra no fué otro que el de proveer á que las clases menesterosas hallasen en la regularidad de socorros municipales la compensación de las limosnas que recibían de los conventos, auxilios que desaparecieron á la supresión de las Corporaciones religiosas al verificarse la reforma protestante.

El objetivo que me atrevo á recomendar, hijo de la convicción más profunda, ofrecería una *bandera de paz*, de *concordia* y de *seguridad* á la que serían llamados á cooperar



los hombres pensadores y rectos de *todas las escuelas*, y de esperar es, muy particularmente de los que acaudillan las diferentes fracciones de la *familia democrática*, que, dejándoles completamente á salvo las peculiares ilusiones políticas acariciadas por cada una de ellas en punto á *sistemas de gobierno*, de común acuerdo se prestasen á cooperar á que se obtuviesen los siguientes resultados:

1.º A que sea positiva y tangente, pero conciliadora y razonable, la fijación de la parte que en el festín de la vida reclaman para las clases trabajadoras todas las escuelas democráticas.

2.º A que se fomente y generalice la educación primaria y tecnológica de dichas clases.

3.º A regularizar, dándole por cimiento la educación de las mismas, el controvertido y hasta de presente *mal aplicado principio* del sufragio universal.

4.º A estudiar los medios de que, con entera abstracción de toda clase de privilegio y de sanción coercitiva, pueda establecerse una organización general por categorías de profesiones y de industrias que perfeccione y proteja las diferentes clases de operarios del trabajo.

5.º Que, á partir de los venideros años económicos, se aumente progresivamente en los presupuestos un crédito aplicable al establecimiento de escuelas primarias en las poblaciones que carezcan de ellas y á la progresiva mejora de la dotación de los maestros; á que, con arreglo á un sistema científicamente elaborado, se vaya generalizando la instrucción *tecnológica, agrícola é industrial*.

6.º A que, por medio de un suplemento ó sobresueldo otorgado á los maestros de instrucción primaria, se establezcan en las escuelas cátedras nocturnas para los adultos que voluntariamente quieran concurrir á ellas.

7.º A que dominicalmente se den en todas las escuelas conferencias propias á difundir entre las clases populares la afición á los estudios tecnológicos y á los adelantos de la cultura social.

Las pláticas dominicales podrían correr á cargo de su-

jéto provistos por las Diputaciones provinciales de autorizaciones que acrediten la moralidad y aptitud de los que aspiren á desempeñar este importante servicio, en remuneración del cual las Diputaciones proveerían arbitrios compatibles con los recursos de su presupuesto y los donativos voluntarios.

Además, y sin perjuicio de las medidas especiales que dejo indicadas, habría de determinarse la importancia, la forma y la manera en que el Estado, que ha *heredado con el aumento de la materia imponible recursos muy superiores á lo que bastaría para proveer á la indemnización de que se trata*, deberá seriamente ocuparse de la educación y moralización del proletariado.

Con profunda fe, con plena conciencia, creo llenar un deber que imperiosamente se impone al que empezó su laboriosa vida pública *abogando la causa de las clases pobres*, y que, al acercarse al término natural de la vida humana, se halla animado del mismo sentimiento y prisa de la misma indomable solicitud.

Las primeras páginas del presente opúsculo ofrecen, al mismo tiempo que el irrecusable hecho de que desde 1835 he venido siendo el perseverante defensor de las clases menesterosas, el incansable apóstol de las especiales obligaciones en que respecto á ellas se encontró el Estado al efectuarse el cambio de instituciones, de procedimientos y de hábitos que constituían la manera de ser la España del antiguo régimen.

Creo haber sido el primero de nuestros escritores que al recordar las usanzas beneficiosas para las clases desvalidas, tan abundantes en la época ya lejana de nuestros abuelos, haya predicado muy alto que aquellas mismas benévolas usanzas eran *productivas de viciosisimos efectos*. La *sopa de los conventos*, las *limosnas* de los Obispos y del clero, la *universal costumbre de socorrer á los pedigüños* por medio de liberalidades, eran otros tantos estímulos fomentadores de la *holganza y del contagioso far niente* general entre la plebe de aquellos tiempos.



## EPÍLOGO

Al censurar abiertamente en su día un estado de cosas generador de repugnantes hábitos de holganza, tuve gran cuidado de encarecer que aquella mal entendida caridad reinante en tiempo de nuestros padres debía ser reemplazada por el trabajo fomentado y fecundizado por la enseñanza agrícola, y por la creación de instituciones industriales y de crédito que abriesen nueva vida á la laboriosidad de nuestra honrada población obrera.

A fuerza de haber sido el iniciador de manifestaciones dirigidas á promover adelantos en el bienestar del pueblo, creo me asista algún fundamento para interrogar á los adalides de nuestras parcialidades políticas acerca de si ¿han empleado su gestión de los negocios públicos, durante los últimos cincuenta años, en hacer algo *tangible*, algo *fundamental*, aunque sólo fuese en el sentido de no haber descuidado practicar una *general información* sobre los efectos que, en la manera de ser y de existir de las diferentes clases de la sociedad, hayan podido producir las reformas y los cambios consumados de medio siglo á esta parte?

En nada aminoran la verdad de los hechos que señalo el vacío que puede ofrecer el cuadro que brevemente, pero con entera sinceridad, recomiendo á la atención de los hombres ilustrados, respecto á las consecuencias que se pretenden deducir de la consideración de que las clases jornaleras no han podido menos de beneficiar de resultados del aumento de riqueza que ha tenido el país en general, á lo que corresponde observar que bien puede sostenerse y aun probar que no ha sido proporcional en su respectiva esfera el aumento del bienestar que ha tocado al simple trabajador,

comparado con los beneficios realizados por los propietarios, los industriales y los empresarios en general.

Además no predico, muy lejos de ello, la doctrina de una perfecta igualdad en la distribución de los productos del trabajo. Semejante doctrina, de índole socialista, es cabalmente todo lo contrario del principio en que siempre fundé mi abogacía en favor de las clases pobres. He sostenido, y creo dejar probado, que en la apropiación hecha por el Estado de los bienes y rentas eclesiásticas *había una parte aferente cuyos rendimientos utilizaba el proletariado*, y no menos evidentemente resalta de nuestra legislación y de todas nuestras instituciones anteriores al siglo XIX que desde el *Rey hasta el último poseedor, Grandes, Monasterios, Comunidades, Obispos, Cabildos y Municipios*, todos profesaban muy altamente el *dogma de que el interés de los pobres era la primera de las obligaciones sociales*.

Este precepto humanitario cristiano, histórico en nuestra España, no ha sido reemplazado ni por doctrina ni por procedimientos que establezcan en qué manera y hasta qué límite debe llenar el nuevo orden social que cada uno de nuestros partidos elabora á su manera el *gran precepto*, la universal aquiescencia de las generaciones que precedieron á las de nuestros días, respecto á la tutela, al amparo, á la protección debidas á los desvalidos y menesterosos, á los pobres, á los ignorantes, á quienes se debe el amparo y tutela, que ha de reemplazar las usanzas de la España de la tradición, ó sea aquel sistema elemosinario que fomentaba hábitos de indolencia, que es cabalmente lo contrario de lo que en todo tiempo *he pedido para nuestro proletariado*, y que no ha sido otra cosa sino la conservación, con arreglo á nuevos métodos, de la participación de que disfrutaba en el antiguo organismo, ampliada y mejorada dicha participación por la enseñanza primaria y tecnológica, por las instituciones de ahorro, favorecedoras de la acumulación, y por el crédito aplicado á todas las necesidades del trabajo. ¿Qué se ha hecho acerca de estas vitales mejoras? Algo, en verdad; no seré injusto callándolo, pero no se ha hecho por la acción



docente y benéfica de los partidos, ni ha sido debido á sistemas ministeriales, de los que el país conserve grata memoria.

¿Habrá presunción de parte mía en creer que lleno un deber de conciencia expresándome en los términos que lo hago para encarecer la obligación del Estado respecto á ocuparse con empeño, con solicitud, con perseverancia, en el examen y apreciación, justa é imparcial sin que deje de ser benévola, de cómo y en qué proporción se ha visto privado el proletariado de las ventajas que poseía bajo el régimen antiguo, haberse ocupado de poner en claro qué es lo que respecto al pueblo es debido como compensación, y qué es lo que se necesita para reanudar, estrechar y mancomunar los sentimientos y los intereses de este mismo pueblo con los de las demás clases del Estado, obligación que mancomunadamente incumbe á todos realizar, pues no hemos de figurarnos que al Gobierno y á la legislación correspondía el todo de la obra reparadora?

No poca parte de ella toca al adelanto de las costumbres y de la opinión, y ancho es seguramente el camino que á los partidos y á los que los acaudillan queda abierto, para que se estimulen á ser los que mejor sepan merecer del país y de la historia, prestándose á curar la llaga que jamás debió afligir á esta tierra de España, tierra de caridad, de igualdad y de verdadera y no ya  *fingida fraternidad*, virtudes que hacían de la sociedad de nuestros padres, en medio de su atraso intelectual, el  *Paraíso de los desgraciados*.

Noble es la lid, glorioso el premio. ¿A qué partido, á qué hombres estará reservado el galardón de inaugurar, el día en que para todos los españoles haya mancomunidad de aspiraciones para todo aquello que afecte á la universalidad de los ciudadanos, días en los que, cuando se trate de asuntos de carácter internacional, seamos todos del mismo parecer, días en que sepamos apreciar la ventaja de transigir las cuestiones interiores, aunque haya intensa diferencia de pareceres, como sucede en la cuestión arancelaria, en la de la libertad religiosa, en la del sufragio electoral y en todas

aquellas en las que las excitaciones teóricas no basten para obtener un asentimiento bastante general y que pueda ser considerado como expresión de la mayoría, y todavía en este último caso débese aspirar (por fortuna no nos hallamos muy lejos de ello) al franco reconocimiento *del derecho de las minorías*.

Plaza hay para todos los partidos en el certamen, cuyo premio habrá de constituir el *pluribus unum* de nuestra nacionalidad, ó, lo que es lo mismo, plantear una situación que todos los partidos, que todas las opiniones emanadas de la libertad del pensamiento, admitan el *dogmatismo*, la imperiosa si bien consentida supremacía del respeto y observancia de los principios protectores de un régimen de libertad común para el *tradicionalista*, como para el *librepensador*, para el *absolutista*, como para el *republicano*.

El límite de la libertad religiosa y civil es uno mismo: llega hasta donde raya *el no imponerse á la libertad de los demás*.

¿A quién estará, repito, reservado recibir la palma que la conciencia y la gratitud del país guardan para los que antes y más cumplidamente logren merecerlas?

El inconveniente y el peligro de no haber podido los Ministerios dar satisfacción cumplida á la opinión no desaparecerá ínterin continúe descuidándose el sondar la *llaga social* y se mantenga el desconocimiento de los derechos y de las necesidades del *proletariado*, dejando subsistir la semilla de agravios, que no podrá menos de ir exasperándose haciendo anhelar á las muchedumbres el día de la reparación; *inexorable* *hado* que podría muy bien renovar algo parecido á la expiación que *Mario* y *Julio César*, vengadores de las usurpaciones que el patriciado y la dictadura de *Sulla* (*Syla*), hicieron pesar sobre Roma; fatalidad de análoga índole á la que generó las crueldades y los delirios que en 1792 lavaron en sangre las ignominias del *Parc aux cerfs*, reacción que, por ser de la misma procedencia lógica, también explica que la revolución francesa barriese las *jerarquías de la Iglesia galicana*.

La corrupción de los magnates y del clero francés había



llegado el 1788 hasta el extremo que bastará para comprenderlo consignar el hecho de que al inaugurarse la gran conmoción de 1789, al verificarse la reunión de los *Estados generales* destinados á convertirse en *Asamblea Nacional*, entre los ochenta y cinco Arzobispos y Obispos que había en Francia, se hallaban fuera de sus diócesis más de sesenta, que recorrían en Versalles, *vestidos de abates*, de tertulia en tertulia, los tocadores y salones de las grandes damas de la aristocracia.

Los hechos morales jamás prescriben, y la grande injusticia que hacia el proletariado cometieron nuestros partidos arrastrará á sus ineludibles consecuencias á no acudirse á los medios equitativos conciliadores y suaves que se hallan al alcance de los partidos dinásticos, sobre los que pesa la imperiosa necesidad de inspirarse en un levantado sentimiento de moralidad y de patriotismo, de probidad y de repulsa hacia toda clase de iniquidades, haciendo desaparecer la huella de la codicia y del egoísmo que, á costa de innumerables pobres, ha labrado la fortuna de los *enriquecidos por la revolución*.

No culpo á estos últimos por haber aprovechado la ocasión con que les brindó la suerte.

La falta fué de los partidos que actualmente la están pagando, y todavía tendrán que pagarlo más duramente si no remedian la lesión social que dejo señalada, porque en la tierra que fué patria de *San Buenaventura*, de *San José de Calasanz* y de *San Juan de Dios*, sencillos y sublimes servidores de la humanidad, no se hollan impunemente los derechos de la clase la más numerosa.

Contra los que pudiesen dirigirme el infundado cargo de que predico una doctrina subversiva, de que aliento el socialismo y la sedición, bastárame la defensa que espero hallar en el honrado criterio de los hombres probos y justos, en los patricios ilustrados que sabrán hacer justicia al desinterés de mi abogacía, á la moderación y á la templanza á que limito mis conclusiones, dirigidas, no á promover *reivindicaciones de ningún género*, ni á que los *gananciosos* resti-

tuyan, ni á que se exijan tributos gravosos, sino únicamente á que el Estado, que sabe pedir sin tasa á los contribuyentes lo que necesita para las atenciones públicas, cuente como una de ellas el vacío que en el modesto presupuesto del proletario ha dejado el cambio de nuestras condiciones sociales, no ya por efecto del legítimo y natural desarrollo de las leyes del trabajo, sino á consecuencia de actos de fuerza, de providencias de carácter político.

Tan inquebrantable es la confianza que me inspira en servicio de la causa que vengo defendiendo desde que tuve uso de razón, que si la *losa fría del sepulcro, entreabierto* ya para el que cuenta los años que componen la larga carrera de mis padecimientos en servicio de la causa de la regeneración patria, se cierra sin haber yo antes experimentado el consuelo de que surja un renacimiento del ánimo público bastante poderoso para que la Nación sacuda el indiferentismo, el cansancio, la falta de fe, que tiene como acorchadas las conciencias y postradas las voluntades, paralizándolas para el remedio de los lamentables errores que dejo señalados, bajaré á la eterna fosa ilusionado por la idea de que las reparaciones y reformas que han descuidado los árbitros de la política imperante, sin haber temblado ante la idea de dejar viva y sin cicatrizar la latente herida que destila miseria y odio del corazón del pueblo trabajador, la terrible misión veráse cumplida como legado de los que hemos consagrado nuestra existencia toda entera en aras del bien público; veráse, decía, fatalmente cumplida por los indeclinables herederos de los que se han mostrado sordos á los dictados de la razón, á la voz de la conciencia ante el espectáculo de las amarguras y desdichas que contemplaron sin conmoverse, y seguramente sin remediarlas, ellos que han salido tan gananciosos en la liquidación social, contra la cual protestan, queriendo *rehacerla á su vez y á su manera*, los que en nombre de desatendidas y apremiantes exigencias enarbolan fatalmente la bandera de *extravagantes utopías* que pasarán, *sí*, pero no sin haber antes impuesto á muy caro precio las concesiones que habremos dejado escapar la



oportunidad de haber aplicado con equidad y con blandura.

El destino cruel que pesa sobre la desventurada España desde que en el siglo XVI se apartaron nuestros Reyes de las fecundas corrientes que valieron á nuestros antepasados las glorias de la reconquista del suelo patrio del poder de los africanos, época de radiante gloria á la que siguió el maravilloso descubrimiento del Nuevo Mundo por ministerio de la Nación española, para venir á parar en el infortunio á que nos trajeron las dinastías extranjeras que ahogaron nuestras libertades históricas, conduciéndonos al gran desprestigio que nos ha costado la pérdida de los hemisferios que debimos al gran Colón y á nuestros legendarios descubridores de aquella gloriosa época.

Los infortunios y deshonras que sobre la infeliz España trajeron los atrevidos días transcurridos de 1814 á 1820, condujeron al patriótico movimiento del último de dichos años, desgraciadamente malogrado por efecto de nuestros propios errores, no menos que por la inicua intervención extranjera de que fuimos víctimas en 1823.

La primera de nuestras guerras civiles en el presente siglo pudo esperarse que pondría término á los infortunios de la trabajada patria, que por culpa de todos vino á precipitarnos en una serie de calamitosos contratiempos y trastornos, á los que pudo esperarse con fundamento que pusieran término la pacífica restauración de 1875, esperanza que, sin exageración ni entusiasmo, pudo fundadamente esperarse de las condiciones que informaban el carácter de un Príncipe tan digno de reinar como lo era D. Alfonso XII.

La doctrina vertida en las precedentes páginas tuvo por campo de experimentación el deplorable estado en que el desacertado uso hecho de la fortuna pública obra de los funestos liquidadores de la herencia que á la Nación trajo la inevitable era de las reformas, que á grito herido reclamaba el decadente estado en que nos dejó el absolutismo en 1808, y seguidamente agravaron los errados senderos porque caminaron los serviles, los liberales, sus herederos los progresistas y también los moderados, conduciéndonos unos y

otros al desbarajuste de deplorables procedimientos y locas tentativas á que nos vimos entregados y envueltos desde 1840 á 1868, no dejaban terreno franco sobre el que poder edificar algo de conciliador que remediase las consecuencias de los errores cometidos.

Ante semejante situación se encontraba el autor del presente estudio cuando en 1836 y años siguientes le cupo la honrosa tarea de tomar una parte activa en la dirección de la opinión pública. Otro hubiese sido mi proceder si los deberes de conciencia y de patriotismo, en época en la que ejercía una legítima influencia sobre la más sana parte de nuestra agitada sociedad, no me hubiesen impuesto la obligación moral de no ahogar los impulsos que de suyo reclamaban el deber de abogar en pro del establecimiento de bases correctivas del desordenado caos que para las generaciones próximas á entrar en la vida pública dejaba de par en par abierta la huella de las rapiñas, que fueron la deplorable consecuencia de la repugnante manera como el haber de la Nación se repartió entre privilegiados é intrigantes, á expensas de lo que requería la justa distribución de los elementos del trabajo, que una desamortización bien entendida hubiese puesto en manos de las clases trabajadoras al mismo tiempo que de los capitalistas.

Empresa superior á la de mis débiles fuerzas hubiese sido en aquellos días haber buscado inspiraciones de la índole de la clásica tesis que recientemente acaba de exponer el señor presidente del Ateneo, al abrir las clases del presente año del científico establecimiento.

No era posible que en aquellos tiempos, 1836 y años siguientes, hubiese podido yo inspirarme en la luminosa enseñanza que más de medio siglo después han derramado á copiosos raudales las doctrinas expuestas en el Ateneo, y últimamente en la *España Moderna*, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Mi vocación en materia de reformas de índole social debieron tomar, al producirse en 1838, un carácter exclusivamente práctico en presencia de las desatinadas reformas



que acompañaron á la transformación de la crecida parte de la propiedad inmueble que trajo á poder de la Nación la desamortización eclesiástica, y más tarde la civil, comenzada aquélla por Mendizábal y continuada la última por Bravo Murillo con febril impaciencia, como igualmente lo ha sido por los Gobiernos que siguieron al radical cambio experimentado por el *haber público* á consecuencia de los trastornos que sobre la Nación pesaron desde 1840 en adelante, continuando su nocivo influjo sobre los elementos de la producción y de la riqueza, consumando el reparto de las propiedades nacionales en la ruinosa forma en que ha sido llevada á cabo.

Nadie podría desconocer cuán derechamente habría conducido á mejorar el bienestar de las clases agrícolas, en las que en mayor escala residían las fuentes de producción que habían hasta entonces constituido los veneros de la riqueza pública.

La aplicación que cumplía haber dado á los bienes nacionales con arreglo al sistema iniciado por el gran economista D. Alvaro Flores Estrada, y calurosamente apoyado por el núcleo de hombres distinguidos que conmigo se afanaron á efecto de que la opinión conservadora tomase una dirección francamente liberal y apropiada á haber atraído á la devoción de las clases poseedoras la confianza de la gran mayoría del pueblo trabajador.

De haberse aplicado aquel sistema saludable, la Nación se habría encontrado dueña de las dos quintas partes de las tierras en cultivo así como también de las demás pertenencias del clero y de las Corporaciones civiles; predios que, destinados que hubiesen sido en venta enfiteútica y en entera propiedad á los terratenientes é inquilinos de las propiedades que fueron del clero, los arriendos de aquellas heredades hubiesen hecho entrar en las arcas públicas los raudales de oro que han servido para enriquecer á bolsistas y á explotadores de turbulencias.

Habríase establecido desde entonces una duradera y fecunda aproximación entre los colonos agrícolas y sus jornaleros.

Otro despilfarro imputable á los gobernantes de aquella época lo fué la efectuada abolición pura y simple del diezmo, rendimiento que tengo *matemáticamente probado* que no era, como vulgarmente se creía, una contribución, sino una parte integrante, si *bien subentendida*, de la renta de la tierra, y que como tal debió ser redimida por los nuevos propietarios mediante cierto número de anualidades, toda vez que aquéllos adquirirían un aumento de caudal que ni habían heredado ni comprado, y del que correspondía que hubiesen indemnizado á la Nación por medio de determinado número de anualidades, cuyo importe pudo ser aplicado á las necesidades del Tesoro.

También merece ser recordado que, aproximándose la época de la terminación de la primera guerra civil, abogué fuertemente en favor de que á los cumplidos del ejército se les señalasen terrenos laborables, con lo cual se hubiesen implantado en nuestro suelo familias de índole militar, ejemplo de patrocinio que no hubiera sido infructuoso para los adelantos de la moral pública. Mendizábal participó de la misma idea, sin que conste llegase á ser aplicada.

Omito enumerar otras diferentes medidas de carácter económico que, durante los diez largos años en los que diariamente dirigí mi palabra al público, no cesé de recomendar la creación de un sano sistema bancario y de centros tecnológicos, agrónomos é industriales que adelantasen la aptitud de las clases trabajadoras.

Intervine en 1845 en las dificultades del problema del libre cambio y del proteccionismo, y tuve la fortuna de que la invitación que me fué hecha por los principales fabricantes de Cataluña, cuyos establecimientos visité y estudié acompañado por una Comisión nombrada al efecto por el Instituto industrial del antiguo Principado, diese ocasión á que formulase un sistema que hermanaba las exigencias del capital con las del consumo; trabajo que fué aprobado en la pública reunión, á la que concurrió lo más escogido de los industriales de Barcelona.

Como no invoco aquellos recuerdos para mendigar elo-



gios, y únicamente los cito para señalar el carácter *práctico que siempre tuvieron mis meditaciones y tareas* en el interés de la industria española y de las clases jornaleras y menesterosas, sólo me refiero á lo que puede servirme de disculpa de no atreverme á medir dogmáticamente mis débiles fuerzas con las del coloso de inteligencia que reside en la persona del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, habiendo suplido á mi ignorancia los tempranos y positivos que fueron todos mis propósitos á efecto de que la cuestión social no tomase en España el carácter que le han dado las aberraciones de nuestros malhadados reformadores.

Nada más creo necesario añadir para cohonestar las deficiencias del trabajo que tenía preparado en honor de la memoria del inolvidable Rey D. Alfonso XII, y como testimonio del interés con que durante mi vida entera me he ocupado del mejoramiento de la situación de las clases menesterosas.

No debo terminar, sin embargo, las precedentes observaciones sin dejar consignado que al haberme hecho cargo de los diferentes problemas que afectan á la cuestión social nada he dicho, sin embargo, respecto á dos tesis gravísimas, de las cuales no debo reservar del todo mi opinión.

Refiérense dichas omisiones á la doble cuestión de si la producción de los medios de subsistencia guarda por lo general compás con el incremento de la población, grave asunto acerca del cual algo hay que oponer á la desesperante doctrina de *Malthus*, que sostiene ser inseparable la miseria y la desesperación de los seres humanos, fundado dicho autor en la desproporción, que sienta existe, entre la procreación natural de nuestra especie y los productos que han de proveer á su subsistencia.

Entre las consideraciones que corresponde aducir acerca de esta inmensa cuestión, cumple apuntar la especie de que las emigraciones que con más ligereza que cabal discernimiento han sido emprendidas por los habitantes pobres de algunos países donde el exceso de población, ó por me-

jor decir, la falta de empleo de los brazos de los naturales, empuja á éstos á ir á ojos cerrados hacia distantes climas, en los que no es posible hallen siempre holgada cabida continuas emigraciones dispuestas con la debida previsión; descuido éste cuyas consecuencias ya se tocan en los Estados Unidos, y que recientemente ha experimentado en grande escala Buenos Aires, por no haberse tomado las precauciones que de sí requieren los crecimientos eventuales de población. Sobre esta grave cuestión, acerca de la cual mucho he meditado, debo al público la comunicación, valga por lo que valiese, de lo que tocante á emigraciones bien entendidas considero aplicable á los países donde no encuentra manera de vivir el aumento natural de la población; inconveniente éste al que corresponde aplicar reglas de conducta que á la vez influyan en beneficio de los emigrantes y de la tierra natal, de que se despiden en la esperanza de que otras regiones del globo les procuren la manera de vivir que no logran hallar en el suelo en que nacieron.

Los inexorables caprichos del destino ciego nos arrebataron las esperanzas que habíamos fundado en los sentimientos y en la capacidad del lamentado Rey, dejándonos entregados á las eventualidades de una larga minoría, épocas que siempre fueron en España ocasión de peligros de los que muy de esperar será nos liberten las condiciones de tacto y de prudencia que el juicio universal atribuye á Su Majestad la Regente del Reino.

Creo encontrar la justificación de haber hecho especial mención de este último período de nuestra accidentada historia, movido á ello por la circunstancia de la parte muy esencial que á la memoria de D. Alfonso XII pertenece de justicia en el trabajo consagrado al presente estudio, con relación á los intereses, derechos y eventualidades del proletariado español.

Terminado que hube, después del fallecimiento de Su Majestad, la tarea de que me ocupaba, creí de mi deber hacer llegar una copia del manuscrito á manos de su excelsa viuda; mas como nunca se me haya hecho saber la aco-



gida que pudiese haber merecido dicho homenaje, he debido abstenerme de toda gestión en altos lugares relativamente á semejante asunto.

El respetuoso recuerdo que dejo consignado á la memoria del difunto Rey, responde á un sentimiento de equidad ajeno á toda aspiración, como extraño á toda queja.

---

En la parte superior de la página, se  
encuentra el número 28, que indica el  
orden de la página en el texto.  
El texto principal de la página está  
escrito en una letra manuscrita, y  
se divide en párrafos por medio de  
puntos y comas.



# ÍNDICE

	Págs.
Origen, ocasión y motivo de la presente publicación.....	5
Consideraciones expuestas á S. M. el Rey D. Alfonso XII con ocasión de la mudanza de Gabinete efectuada en Fe- brero de 1881.....	7
Nueva Exposición á S. M., con fecha 5 de Enero de 1882, sobre la situación del proletariado.....	18
Trabajo emprendido á consecuencia de indicaciones he- chas al autor por S. M.....	24
EL SOCIALISMO EN ESPAÑA.— <i>Introducción</i> .....	28
Derechos aportados por el proletariado al plantearse las leyes desamortizadoras de 1836.....	33
El carácter de índole social que representaba la propie- dad eclesiástica y la corporativa, fué sacrificada por Mendizábal á beneficio de los agiotistas.....	38
Indocto sistema rentístico seguido por los progresistas...	41
Sabio y popular sistema de aplicación de los bienes nacio- nales propuesto por el gran economista D. Alvaro Flo- res Estrada.....	44
España y la Revolución.....	48
No se hizo esperar mucho la realización de los pronósticos del autor.....	53
Exposición y medios ejecutivos del plan propuesto por <i>El Español</i> y <i>El Correo Nacional</i> en apoyo del sistema de Flores Estrada.....	56
Conclusión.....	67
Epílogo.....	73

## ERRATAS

Pág.	LÍNEA	DICE	LÉASE
14	27	aplicadas	afiliadas
39	32	bueno á	bueno para
40	23	<i>bandes noirs</i>	<i>bandes noires</i>
42	24	dicho papel	dicha clase de créditos
44	16	de bienes	de los bienes





## ERRATA

1	2	admirable	admirable
10	11	hueso	hueso
14	15	encabellado	encabellado
18	19	almojorcas	almojorcas
21	22	el agua	el agua











11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100



BORRERO

HISTORIA  
ANCIENTES  
CLASES  
JORNAL-  
LERAS

MADRID

1890